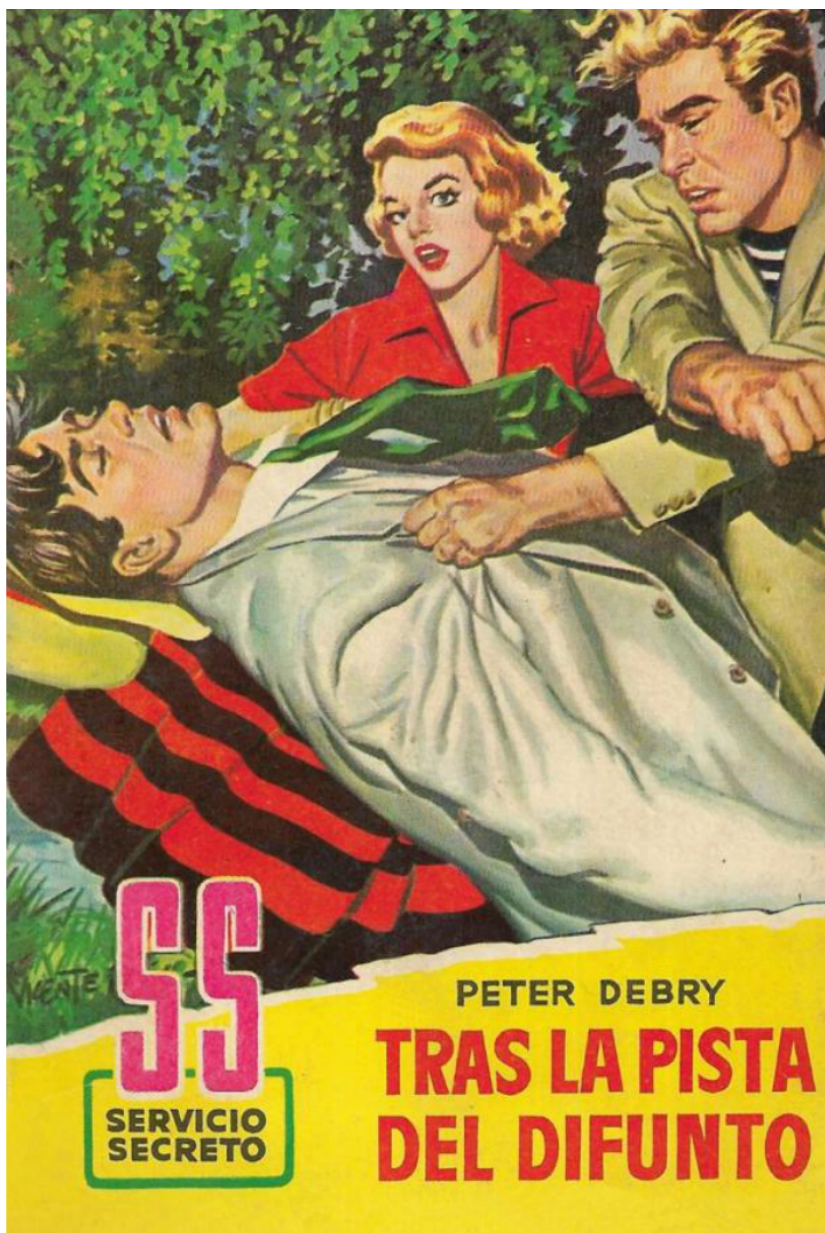




SS

SERVICIO
SECRETO

PETER DEBRY

TRAS LA PISTA DEL DIFUNTO

TRAS LA PISTA DEL DIFUNTO

PETER DEBRY

Tras la pista del difunto

1ª EDICIÓN
MAYO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA



FRANCISCO BRUGUERA - 1956

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

TRAS LA PISTA DEL DIFUNTO

de PETER DEBR4 -



CAPÍTULO I

Al mediodía, el sol convertía en parrilla el techo de la cabaña, y su interior en un horno asfixiante. Balanceando las largas piernas, Tony Drake abandonó la hamaca y, sentándose en el suelo, se cogió la cabeza entre las dos manos, mesándose el crespo cabello cobrizo.

Al ponerse en pie, se tambaleó un poco, removiendo los resecos labios, y sintiendo una imperiosa necesidad de beber, busco por los rincones de la choza, el frasco que había guardado en reserva antes de sumirse en profunda modorra.

Lo encontró cerca del barril que servía de lavabo, pero estaba exprimido hasta la última gota, y aplicó en vano el gollete a sus labios, succionando inútilmente.

Lo tiró furiosamente contra el tabique, y el estallido de los cristales reventando, le repercutió en el cerebro, en múltiples alfilerazos.

Yendo hacia la puerta la abrió de un puntapié, y permaneció en el umbral aspirando con ansiedad, contemplando sin verlo, el paisaje pantanoso.

Vestía muy distinto de cuando meses antes había llegado al puerto de Belize. Ya no era el elegante Antonio Drake, sino Tony Drink, un borracho más entre las docenas de aventureros ebrios de espejismos, extraviados por los siniestros poblados a orillas del Belize.

Uno más en la fauna humana que vegetaba en la Honduras británica, usufructuando provisionalmente una choza en aquel pantano de Puerto Hondo, a pocos kilómetros de la frontera mejicana del Yucatán.

Por todo equipaje, un pantalón de dril arrugado, unas sandalias viejas, y por cinto, una corbata deslustrada. Una camiseta marinera a rayas azules sobre el dudoso blanco ceñía el torso y las estrechas caderas.

Y su rostro triangular estaba tan bronceado que a no ser por los claros ojos hubiese parecido un mestizo caraïbe.

Abandonando la choza, se dirigió a través del estrecho sendero ondulando entre charcos y cactus, hacia la carretera que unía Corozal con Puerto Hondo, encaminándose con ansia a la sola meta que en aquellos instantes le atraía con obsesión: la cantina de la mulata Luana.

El sudor brillantaba las angulosas facciones de Tony Drake cuando, empujando con el hombro uno de los batientes de acceso a la cantina, penetró en ella. Al fondo de la desierta sala, dormitaba tras el mostrador, Luana Perkins, de tez aceitunada, teñidos cabellos rubios y malignos ojos negros como carbúnculos.

Aproximándose, pensó Drake que unos veinte años antes, Luana Perkins debió de ser muy bonita. Ahora, era una obesa mulata temida por muchos perdonavidas del Belize.

Batió ella los párpados, preguntando con desdeñoso sarcasmo:

—¿A qué debo el deshonor de tu visita, Tony Drink?

Tony Drake, acodándose, sonrió, mostrando los blancos dientes, de agudos incisivos. Una mueca zorruna...

—Dame una copita de ginebra.

Luana Perkins se frotó pulgar e índice, especificando en tono meloso:

—La monedita.

La sonrisa de Drake era ahora afectuosa:

—Si yo tuviera un solo centavo, ¿crees acaso que estaría pudriéndome por rincones donde ni el diablo se atreve a asomarse? Dame una copa grande de ginebra «Gordon».

Y mirándola con repentina dureza, añadió:

—Bien pensado, me urge una media botella, doña.

Ella sacudió vigorosamente la cabeza, en persistente negativa.

Tony Drake tendió la nervuda diestra, abriendo la caja de cigarrillos colocada al alcance de la dueña, y cogiendo un cigarrillo lo encendió con el mechero también propiedad de Luana Perkins.

Al disponerse a cerrar la caja, pareció arrepentirse y cogió un puñado de cigarrillos, colocándolos en el amplio bolsillo delantero de su camiseta.

Ella le observaba con una mirada de homicida elocuencia...

Exhalando humo con deleitosa voluptuosidad, comentó Drake:

—Hagamos memoria, doña. Meditemos tú y yo en aquella noche que anunciaba huracán. Todos se dedicaron a apuntalar por dentro puertas y ventanas, mientras tu bribón de marido se deslizaba cargado con las cajas de licor a lomos del mulo. El mulo es propiedad del granuja de tu marido, pero las cajas de licor las fue a robar en el almacén del holandés. ¿Y quién se enteró? Nadie.

En la pausa, Drake exhaló otra voluta de humo.

—Nadie se enteró, salvo, naturalmente, el mulo, el bribonazo de tu marido, tú y Tony, el buen Tony, el discreto Tony, el canalla de Tony Drink que tiene mucha sed. Y que permitió que el holandés se quedase un poco más calvo arrancándose mechones, tratando inútilmente de averiguar quién era el ladronazo. Pero volviendo al discreto Tony, si la sed de hablar se la guardó, la sed de ginebra le sigue atosigando, doña.

Luana Perkins susurró, muy dulce la entonación:

—¡Ojalá el cielo te aplaste con fulminante apoplejía!

—En espera de esta dicha, tráeme el frasco de ginebra «Gordon». Legítima, ¿eh, doña? Y no es preciso que despiertes al ladronazo de Sergio, porque los tres sabemos que sería perder el tiempo.

Ella se levantó para pasar a la trastienda, de donde al cabo del tiempo justo, según calculó Drake, volvió depositando sobre el mostrador un frasco de ginebra «Gordon».

Tony Drake descorchó con ansiedad, y tras beber un larguísimo sorbo, rió contento, risueños los claros ojos.

Luana Perkins dijo suavemente:

—Un día el licor acabara contigo, Tony. Caerás en plena calle, fulminado como por un rayo divino.

—De vino, en todo caso —corrigió Drake.

—Y cuando esto suceda, todos los que viven a orillas del Belize, se alegrarán muchísimo.

—Y yo el primero —sonrió Drake.

Encendió ella un cigarrillo, fumando en silencio, pero sus negros ojos no se apartaban del sardónico semblante triangular del que volvía a beber.

Por fin, inquirió ella, extrañada:

—Si sabías que mi Sergio era el que... le quitó licor al holandés, ¿cómo no viniste antes a pedirme ginebra sin pagarla?

Alzando los hombros, contestó Drake:

—Me gusta guardar los triunfos en la manga, para abatirlos sobre el tapete, sólo en casos de apuro, ¿comprendes, doña?

—Lo que comprendo, es que hay mucha gente por el litoral y todo el río, que guardan en sus mangas algo cortante para ti. Algún día, te encontrarán con un cuchillo en la espalda.

—Los deseos no matan, puesto que sigues mirándome y continuo vivo. De todos modos, hay que tener fe, esperanza en algo, doña. Confía, pues, en que alguna vez podrán atinarme.

Tony Drake cogió otro cigarrillo de la caja, descorchó la botella, bebiendo otro largo trago, y parodiando las ceremoniosas cortesías de los españoles residentes en la comarca, dijo:

—He bebido a su salud, señora, y deseo que la Providencia proteja siempre su casa.

Pero al término de su verbal cortesía, Tony Drake rió con carcajada alegremente burlona.

Luana Perkins, destellando negrura rencorosa por los ojos, contestó, también en español:

—Mi casa y cuánto contiene es de usted, señor.

Y escupió por encima del mostrador hacia el suelo.

Tony Drake, suspirando, deslizó en su amplio bolsillo posterior el frasco.

Luana Perkins preguntó con fingida tristeza:

—¿Me priva del honor de su presencia, señor?

Dirigiéndose hacia la puerta, replicó Drake:

—Es la hora de mi paseo, señora.

—A la una, el sol arde fuerte, ha bebido usted removiendo la resaca, y acaricio la esperanza de que el cielo le enviará una congestión... saludable para los demás.

—Señora, me enterece vuestro deseo, al que correspondo anhelando que un huracán os sepulte lentamente. Abur, gordita.

Los dos batientes seguían ventilando, como si intentasen ahuyentar el eco burlón de la carcajada de Tony Drink, mientras Luana Perkins meditaba, con pesadumbre sincera, en los fallidos intentos de muchos aceros tratando de hallar vaina de carne en el misterioso aventurero que a orillas del Belize era apodado «Drink».

Benjamín Harley, con los pies sobre la mesa trataba de vencer el calor, abanicándose con una ancha hoja de palma. Pero la antesala de la cárcel de Puerto Hondo, seguía siendo un horno.

Alguien empujó la puerta, y el alcaide carcelero tenía ya apoyada la diestra en la culata de su pistola, sin que por ello dejara de abanicarse con indolentes vaivenes de la zurda.

Reconociendo al visitante, apartó la mano de la culata.

—Cierra la puerta, Tony. Deja que el cochino sol se quede fuera, que ya arde de sobras dentro. Deberías llevar sombrero, hombre. Otros, a cabeza monda como tú, estarían ya fritos de insolación.

—Uno se acostumbra a soles y brebajes con tal de persistir en soportarlos estoicamente —sentenció Drake, sentándose.

Colocando el frasco de ginebra sobre la mesa, añadió:

—Sírverte con mesura, bebe sin abuso, y luego háblame de nuestro conocidísimo Blas Laydon.

Ben Harley, descorchando, bebió al gollete, y chasqueando la lengua contra el paladar, comentó admirado:

—Eres formidable, Tony. Vives como un lagarto perezoso, alejado de todo, y, sin embargo te enteras siempre de lo que sucede... Oye, esta ginebra, es de primera clase.

—Como dicen que es la muñeca denunciada por Blas.

Ben Harley rió, y al hacerlo arrugaba el labio superior, descubriendo los amarillentos dientes.

—Si quieres que hablemos de Blas y la chica, has de dejarme este frasco para mí solo uso particular.

—Trato hecho. Tú me cuentas la verídica historia de Blas y la muñeca, me dejas echarles un vistazo, y tuya la botella, más otra que mañana sin falta vendré a traerte.

Relucientes las pupilas, asintió Harley:

—Ahí va la historia. La muchacha llegó anoche con el frutero procedente de la capital. Es una belleza de primera clase. Blas iba también a bordo, y trató de conquistarla. Ya sabes cómo es Blas... Pero ella debió de mandarle a tomar viento, y entonces apenas atracó el frutero, Blas se fue como una bala a soplarle a Henreid, que la muchacha escondía unas joyas. Henreid aguardó con la paciencia de mi buitres, a que la muchacha pisaba el muelle, y apenas la tontuela bajó a tierra, ¡zas!, me la copan, y doña Ángela, nuestra registradora oficial, le encontró joyas escondidas en prendas de ésas tan íntimas...

Ben Harley se interrumpió, emitiendo un suspiro de sonoridad que hubiese envidiado un equino.

Tony Drake aguardó en silencio, sonriente, pero rodeando con la diestra el frasco aún en litigio.

Ben Harley recogió el hilo de su narración, señalando con el pulgar por encima de su hombro hacia la puerta blindada al fondo de la antesala:

—Y entonces, Henreid me trajo a la muñeca allí dentro, con lo que ha perdido ella el barco y sus joyas.

—¿Y Blas, qué?

Con regocijada mueca, expuso Harley:

—Media hora después de delatar, Blas se emborrachó y no encontró mejor pasatiempo que largarle un par de golpes a Risko.

Tony Drake rió, sinceramente divertido, comentando:

—Nada menos que el brutísimo de Fat Risko, el músculo al servicio del honorable Henreid. Este Blas... ¡tiene cada golpe!...

—Total, que hacía menos de una hora que la muñeca estaba entre rejas, cuando me traían a Blas, abollado. Y allí dentro siguen los dos tórtolos: uno a cada extremo de galería.

—Déjame las llaves, Ben.

Ben Harley miró la botella con ojeada crítica:

—Este recipiente está ya mediado, Tony.

—No pienses nunca en lo que has bebido, sino en lo que te queda por beber, hombre. Es el secreto del optimismo.

—Para que te dé las llaves, necesito otra botella de esta misma marca, llenita y lacrada.

—Trato hecho. Te la he prometido para mañana, ¿no?

—Bueno, por una vez me fiaré de tu palabra.

Sacó Harley de un cajón un llavero, y tendiéndolo, dijo:

—Ya conoces las celdas... puesto que has pernoctado varias veces en alguna de ellas.

—¿Sí? Caray, qué poca memoria tengo.

Cogiendo las llaves. Drake atravesó la estancia y abrió la puerta forrada en acero. Al otro lado, había un corredor de unos diez metros de largo, terminando a su extremo, con otra galería formando el resto de la «T».

Drake pasó al ramal derecho, desfilando ante cinco celdas vacías, y deteniéndose frente a la última.

Se apoyó en los barrotes mirando al interior, con escrutadora, intensidad. La mujer tendida en el banco de madera empotrada al

fondo de la celda, allí donde había sombra, dormía profundamente.

Vestía un traje sastre ligero de dril blanco, y la blusa corsario velaba apenas el generoso busto. Era hermosa, muy hermosa, pensó Drake.

Una abeja nocturna que debía de haber pasado meses y meses de fatigas y humillaciones para ahorrar algún dinero, comprarse joyas, volver a su terruño...

Tony Drake dió media vuelta. No producían el menor ruido las suelas de caucho de sus sandalias, mientras se dirigía al otro extremo del corredor, allí donde estaban las celdas más calurosas.

Sonrió Drake pensando en el alcaide Ben Harley. Un aventurero más, pero uniformado, que no simpatizaba con delatores.

Blas Laydon, hinchado un ojo y agrietados los labios, se sentaba en el suelo, apoyando las espaldas en el tabique.

Al oír la llave girando en la cerradura, abrió el párpado del que podía disponer sin sentir pinchazos evocadores de la paliza, breve, pero contundente.

—¡Canastos! ¡Tony! ¿Vienes... vienes a sacarme libre? Tú eres mi amigo y también amigo de Harley...

Tony Drake, reclinándose por dentro sobre los barrotes de la cancela, cruzó los brazos, y notificó amablemente:

—De toda la piojosa turba de granujas que infestamos el litoral, orillas, interior, fronteras y alrededores, te llevas la medalla. Sí, hijito, la medalla del Mérito Porcino.

El corpulento Laydon gimió pesaroso:

—Lo que me faltaba... Hasta los amigos vienen a insultarme. A mí, que he sido siempre un leal compañero... Y me insultas ahora, que estoy caído en la desgracia por culpa del gordo verraco de Risko...

Laydon se interrumpió, encogiéndose. Le sobran músculos, pero Tony Drake le inspiraba un íntimo temor.

Y Drake había amagado un revés, antes de puntualizar:

—No te repico en los dientes, porque el médico me ha prohibido ejercicio gimnástico a esta hora. Háblame de la muñeca que por obra y gracia tuya, perdió anoche el barco.

Blas Laydon refunfuñó:

—No tengo ni idea de quien es... ¡Quiero decir que la vi por vez primera a bordo del «Campeche II»! Estaba muy succulenta y se lo

dije.

—Provocando en ella mareos, asco y repulsión. ¿Sabías que ella iba a tomar el barco en Belize? ¿Sabías que llevaba joyas escondidas?

Con dignidad, exigió Laydon:

—Lárgame un pitillo. Yo no hablo a modo sin fumar, ¿te enteras?

—Enseguida, hombre. ¡Faltaría más, hombre!...

Tony Drake sacó un cigarrillo del bolsillo de su camiseta.

Blas Laydon adelantó busto y mano con ilusión. Tony Drake se colocó el cigarrillo entre sus labios, y su zurda asestó de canto un seco golpe en el entrecejo de Laydon...

Encendiendo su pitillo, dijo Drake al retroceder:

—Ya puedes hablar, Blasito. Ya estoy fumando.

Sacudiendo la cabeza para recuperarse de la mala impresión, Blas Laydon se puso en pie, y anunció ceñudo:

—Vuelve a pegarme y te arrepentirás.

Tony Drake había perdido toda su sonriente ironía. Especificó con dureza:

—Abre bien las orejas, muchacho. ¿Te acuerdas de Henry Tower?

—Sí que me acuerdo, aunque no veo a qué viene ahora... Se cayó al fondo de un barranco, porque abusó del licor una noche de fiesta.

—Eso es lo que se dijo, y se dicen tantas mentiras... Fíjate bien, que Marcos Henreid, nuestro bienamado comisario local, saltaría de gozo si pudiera encontrar a alguien con la suficiente pinta sospechosa de haberle dado un empujoncito a Henry Tower para que se rompiera todos los huesos en el fondo del barranco. Le gustaría a Henreid disponer de un sospechoso, porque el viejo Tower le atosiga repitiendo incansable que su hijo fue asesinado...

Y tras la elocuente pausa, añadió Drake:

—Por lo tanto, mi querido Blas, si no te pones sincero conmigo, no sentiré el menor escrúpulo ni remordimiento, al denunciarte a Henreid como asesino del badulaque de Tower. Y dándose la casualidad que será la primera vez que yo le vaya con un cuento de tal calibre a Henreid, éste me creerá de lleno, con verdadera, rabia gozosa.

—¡Canastos! ¡Recanastos! —gimió, horrorizado, Laydon—. Pero si yo... ¡no maté a Tower! ¡Ni siquiera me acerqué por allá aquella noche!

Tony Drake hizo un ademán evasivo al afirmar:

—Esto sólo lo sabemos el muerto, tú y yo, pero ¿y Henreid, qué? Se te echaría encima como un relámpago hambriento, cantando de júbilo por tener a alguien para ahorcar, y así dejar contento al viejo Tower.

Blas Laydon, volviendo a sentarse en el suelo, murmuró resignado:

—Desde anoche, hasta entre rejas, tropiezo. En fin, si te explico algo muy interesante, ¿qué me darás?

—Nada, cero, ni un rábano. Porque tú mejor recompensa es ésta precisamente, hombre. Si me hablas claro, sin engaño ni tapujos, te salvas de la horca. Si te empeñas en callar, vete rezando porque Henreid no te tiene el menor aprecio, y como mi única honra estriba en no ser un chivato, figúrate si me hará caso. Reflexiona un par de segundos, y desembucha.

Blas Laydon miró al techo, y después el granítico semblante de Drake. Y tuvo que admitir:

—Está bien. Tú ganas.

Tony Drake tendió un cigarrillo después de haberlo encendido en el suyo. Blas Laydon fumó ávidamente y, envuelto en humo, explicó:

—Los tiempos cada vez se ponen más difíciles, Tony. Hay pocos negocios saneados por Puerto Hondo, y de pronto, me enteré de que una muñeca... como las llamas tú a todas esas... iba a coger el frutero en Belize, rumbo a Jamaica, con escala aquí, no porque ella quisiera hacerla, sino porque el frutero sí que la hacía. Me fui pues a Belize, y cogí pasaje en el «Campeche II». Lo que ahora voy a soplarte es muy confidencial. Es algo que sólo vamos a saber tú y yo. Porque tengo confianza en ti, y sé que eres mi amigo.

—Lo que sabes es que voy a salvarte de la horca, muchacho.

—¡Hombre, esto es cinismo!... Bien, bien, voy al grano. En el barco, pude darme cuenta que Julia Dupont, la muñeca, nativa de Nueva Orleans, escondía un montón de joyas. Y comprendí que era mi deber ayudar con mi experiencia a Julia. Le dije que en Puerto Hondo, el reglamento aduanero prohibí viajar con joyas no

declaradas. Le demostré con ejemplos anteriores, que la registrarían y que le confiscarían las joyas. Le hice comprender que si declaraba las joyas, siendo ella una tanguista... se las confiscarían igualmente, y que se las devolverían unos meses después... suponiendo que se las devolviesen.

—En fin, que la volviste loca de miedo.

—Eso es —reconoció, con orgullo, Laydon—. Y entonces, cuando ya estaba madurita, le dije que yo tenía una idea genial. Le aconsejé que me dejase en custodia sus joyas, salvo dos o tres que se escondería ella entre la ropita de dentro. Escogió ella un broche y dos anillos. Entonces, le dije que llegando a Puerto Hondo, yo la denunciaría a la policía aduanera, soplando que ella intentaba pasar joyas sin declarar.

Tony Drake cabeceó solemnemente:

—Una idea formidable, Blas.

—¿Verdad que sí? Porque yo estaba seguro de que Henreid se pondría tan jubiloso con el negociete en vista, que no pensaría ni en registrarme a mí. Además, nadie iba a imaginarse que yo me pasearía con un fortunón en joyas, bajo la camisa. Y entonces, doña Ángela registró a Julia Dupont, mientras yo me alejaba tan tranquilamente.

Pero súbitamente trocó Laydon su aspecto triunfante, por otro de desesperación al mostrar con amplio ademán los tabiques carcelarios.

—Celebré a fondo el éxito de mi idea, y en menos de una hora me bebí varios frascos de aguardiente. El resultado... a la vista está. Me dio la «jumer» por emplear un frasco lleno en prueba de solidez contra el cráneo del bestia de Fat Risko.

—Y ganó Risko. ¿Dónde están las joyas, querido Blasito?

—¡Tony! Tú eres mi amigo. Yo sé que no te llego ni a la suela, en lo tocante a listeza. Yo soy ante ti como un parvulillo... Pero exiges demasiado al pedirme que te sople dónde escondí el botín, antes de chuparme el condenado aguardiente. ¡Sé razonable, hombre! Tú eres mi amigo, Tony... Yo, apenas salga, te regalaré una parte del lote...

Tony Drake hizo ademán de dar media vuelta, manifestando:

—Como quieras, Blas. Al fin y al cabo, tu piel es tuya. Yo alquilaré butaca de primera fila para no perderme ni una sola

mueca tuya. Estarás precioso, pataleando y sacando una lengua gordísima, mientras la corbata de cáñamo te apriete el pescuezo. Esta juerga no me la pierdo yo.

—¡Tony! ¡Te consta que yo no maté a Tower!

—Pero Henreid sigue sin saber quién lo mató. Y con tal de que pueda ahorcar a uno, le bastará. Y le sobraré con mi chivatazo excepcional.

Blas Laydon, secándose el sudor que inundaba su rostro, gimió:

—Si te soplo dónde escondí las joyas, ¿a cómo repartimos?

Tony Drake pareció meditar en cálculo equitativo:

—Si me dices dónde las escondiste, te salvas de la horca para empezar. Además, y a modo de obsequio amistoso, te daré la tercera parte del total. Has de comprender, que por tu culpa me juego la fama de honorable y comparto tus riesgos, ¿no?

Mirando al techo, Blas Laydon refunfuño inaudibles imprecaciones, y por fin, se decidió:

—Las escondí entre las raíces del sexto matorral de cactus, a diez pasos del cruce de los senderos de Colina Alta y Barranco Viejo. Dentro del tronco más alejado del camino.

—Iré a explorar apenas anochezca. Si encuentro las joyas, ¡hurra!... porque te habré salvado de la horca. Si escarbo como un canelo y no hay hueso de jamón, acudirá Henreid al galope acompañado del viejo Tower, para que pueda escupirte antes de que Fat Risko y compañía te acicalen con la última corbata.

—¡Las encontrarás, Tony! Y cuento con tu palabra, ¿eh, Tony? La mitad.

—La tercera parte, abusón —puntualizó Drake, dando media vuelta.

Cerrando por fuera miró al que volvía a estar sentado, sujetándose la cabeza con las dos manos, imprecando porque le había fallado su intento de golpear en la nuca al que tenía entre manos el llavero.

Llavero que ahora encajó Blas Laydon en el caballete de la nariz y bajo la barbilla. Tartajosamente, exigió Laydon:

—¿La tercera parte, eh, Tony, amigo mío?

—Puede que sí, puede que no... veremos a ver... Nunca se sabe nada fijo en esta maldita comarca... Abur chivatillo.

Blas Laydon abrumado, deprimido y dolorido, oyendo alejarse

los pasos de Tony Drake, pensó que había malas rachas en la existencia de un aventurero metido en aquel infierno de aventureros que era la Honduras Británica.

CAPÍTULO II

Al declinar la tarde, Tony Drake desenterró el envoltorio de joyas escondidas en el tronco del cactus hendido en sus raíces bajo tierra.

Dirigiéndose a la barraca, aspiró el relente de la leve brisa marina. Pensó que empezaban las únicas horas soportables climáticamente.

Atravesó el pantano, y dentro de la choza desenvolvió los nudos del pañuelo. Un collar de perlas, broches, brazaletes, una pitillera de platino, gemelos masculinos, anillos...

Fue a buscar en un estante, una cajita de cartón, que debió contener hacía ya tiempo, bombones de chocolate. Todavía conservaba en su interior el papel de encaje, y el lazo azul bien doblado.

Drake alineó las joyas en su interior encajándolas con algodón, y cerró apretando el lazo azul como lo hubiera hecho un dependiente esmerado. Después, ocultó la caja bajo trapos.

De un medio barril, extrajo un montón de viejas revistas, eligiendo un «Luisiana Life», que fue hojeando hasta hallar lo que deseaba.

Una fotografía de un grupo de caballeros y damas de la alta sociedad, cenando en el célebre «Chez Antoine» de Nueva Orleans. Los rostros eran lo bastante difuminados para que sirvieran su propósito.

Arrancó la hoja, y doblándola, la guardó en el bolsillo de la camiseta. Tomó el sendero hacia la cantina de Luana Perkins.

La mulata estaba sacando brillo al mostrador cuando entró Drake. Arrojó el trapo a un rincón y a la vez una mirada que apuñalaba...

—¡Ah, no, Tony Drake!... Dos veces en el mismo día, no...

Risueño, Drake afirmó:

—Mi enhorabuena por su perspicacia, hermosa señora. Pues, sí... Hoy serán dos veces, porque es un gran día, y la noche es joven.

—Espero... que una serpiente de agua te muerda bien hondo, Tony Drink —susurró ella, rencorosamente—. La cabeza se te hinchará, y la sangre te arderá durante horas, antes que mueras en horribles convulsiones.

—Mientras llega ese feliz instante, tráigame el antídoto preventivo, doña. Ya sabe que más vale prevenir que no curar. Ginebra, no. Ha de ser coñac, del cubano, etiqueta roja.

Tendiendo el frasco solicitado, musitó Luana Perkins:

—La serpiente que te muerda, moriría envenenada.

Tony Drake asintió gravemente y, antes de salir, aseguró sonriente:

—Ellas lo saben ya, y por eso se aguantan las ganas. Con usted, señora. Abur, gordita.

Marcos Henreid, jefe de las Aduanas de Puerto Fondo, se mecía tras la mesa polvorienta, en el edificio de una sola planta del muelle fluvial.

Su rostro moreno rezumaba de sudor, reluciente la piel olivácea. Su fino bigotillo parecía trazado al pincel, y sus ojos brillantes como puntos de alfileres bajo las cejas en sesgo, le daban aspecto de diablo tolerante con las humanas debilidades.

Su camisa kaki, despechugada, dejaba ver el velludo torso. Bajo la mesa movía los desnudos pies en busca de ladrillo más fresco.

Y tal vez por esta búsqueda, se creó la asociación de ideas, saludando al que entraba:

—Hola, frescales.

—Salve, gran jefe —sonrió Drake, sentándose en una de las mecedoras reservadas para los auxiliares de Henreid.

De un cajón extrajo Henreid dos cigarros cubanos, lanzando uno al visitante.

—¿Qué te trae por aquí, Drink?

Lo preguntó sin esperar respuesta, removiendo un montón de escritos desordenados, mientras añadía:

—Algún día tendré que organizar estos papelotes, entre los que hay un informe procedente de SaintGeorge. Parece ser que a fines del mes pasado, cuatro barriles de ron añejo, fueron robados de

«Manzanillo» mientras estaban descargando. Los aduaneros de allá, dicen que tú dirigiste la rapiña, con tres mestizos a los que les prometiste cinco libras por jeta. No les diste ni un penique, y es natural que ellos te delatasen.

—Mintieron como bellacos —protestó, virtuosamente, Drake—. Les di a cada uno las cinco libras.

—Ya me extrañaba que no cumplieras. Pero ¿y cómo te delataron, entonces?

—Lo que pasó es que luego jugamos a los dados, y recobré las quince libras pagadas. Se pusieron a chillar, jurando que los dados estaban «aplomados», y en la discusión los dados se fueron al fondo del agua. Pero los mestizos sabían nadar, y no me enojé mucho.

Marcos Henreid sonrió con indulgencia:

—Te creo. Pero ¿reconoces haber rapiñado el ron añejo?

—Oficialmente, elevo mi más sincera negativa. En privado, te consta puesto que te regalé un barril.

—Es verdad —admitió Henreid—. Ya lo había olvidado. Este cochino calor le muele a uno la memoria. Pero tú me dijiste que sólo habías rapiñado dos barriles. No está bien engañar a un compañero como yo.

Con la diestra plana sobre el corazón, afirmó Drake:

—Tú sabes que soy leal contigo, pero el ron me hizo perder la cuenta justa. Dos, cuatro, tres, uno... Bah, números asquerosos, ¿no?

—Ya que citas números, hay un noventa y nueve por cien de los pobladores de esta maldita comarca que cotizarían a gusto una suscripción para pagar una soga de lujo... a condición de que tú la estrenases, así como un patíbulo nuevo. Pero siguiendo con lo que afirmabas, dices que eres leal conmigo. ¿En qué, condenado fresco, que tienes la cara de hormigón impermeable?

—Pero velo por tus intereses. Es a propósito de la muñeca que anoche desembarcó del «Campeche II». La que venía de la capital, y que hiciste enjaular por la denuncia de Blas Laydon.

—Natural... Ya sabes que va contra la Ley, llevar piedras preciosas sin declararlas.

Y con una sonrisa radiante, añadió:

—Me vi obligado, a confiscarle las joyas.

—Hay momentos en que pisoteas tu reputación de inteligente,

Mark. No sabes el berenjenal en que puedes verte metido.

Sacó Drake la hoja arrancada de la revista de Nueva Orleans. La desdobló, alisándola ante Henreid:

—Echa la pupila, sobre la tercera mujer de esta fotografía. A la derecha, entre la tiesa y él flaco. No te cuesta nada identificar a la pasajera que has enjaulado. Te certifico que es ella. ¿Y sabes quién es ella?

—Una tanguista.

—¿Sí? Acuérdate de la londinense aquella llamada Harriet. Parecía una Mesalina destocada, y luego resultó ser una baronesa, buscando emociones, color local... Eres un hombre de mundo y experiencia. Sabes que abundan muñecas así. Y que se callan, para conservar el incógnito. Eso es lo que es la muñeca que has enjaulado. Y que se callará, porque es una excéntrica buscadora de emociones. Pero en el censo de Luisiana es la hermana de un senador de Nueva Orleans. Familia, influyente. Y el senador tiene un genio endiablado. Consideraría como una ofensa personal, cualquier incidente de esta índole. Para él, su hermana sigue viajando en turismo inocente.

—Caray —musitó Henreid.

Y echando una ojeada súbitamente recelosa a su informante añadió:

—Oye, supongo que por una vez puedo fiar en ti.

—¿Por qué no? ¿Qué saldría yo ganando con engañarte? Ya sabes cómo son las criollas luisianas. Caprichosas, frívolas, coquetuelas, y todo lo demás. ¿Qué beneficio saco al avisarte? Sacaría más provecho yendo al cónsul americano, chivándome, y el senador me largaría una recompensa para silenciar la cosa. Y a ti te meterían el paquete padre. Pero como valoro en mucho más tu amistad aquí estoy, pensando que tanto si lo sigues como no si no, nunca viene mal un consejo.

—Veamos y oigamos.

—Embárcala mañana en el correillo mejicano, con enlace para Nueva Orleans. Hazle decir por Harley que, a pesar de que ella infringió las severísimas leyes que haces respetar escrupulosamente, has decidido dar pruebas de magnanimidad, porque es Luisiana. Añade que podrías retenerla en prisión unos meses, pero que te imitas a confiscar las joyas en beneficio de la caja de huérfanos

colonial. Y tú eres el primer huérfano de la colonia, ¿verdad?

—Puede hacerse, puede hacerse... Pero ella, a lo mejor, respinga.

—¡Qué va, hombre! La muñeca estará encantada de salir tan bien librada. No debe estar nada tranquila. Se largará entusiasmada, venerándote. Y la historia, terminará a nuestra entera satisfacción, porque...

Tony Drake, guiñando un párpado, completó:

—Porque dentro de unos días me llevo a Belize, y negocio las dos o tres joyas que le hayas confiscado. Repartimos la confiscación. ¿Ves tú, como todo se arregla estupendamente entre leales amigos?

Marcos Henreid fumó unos instantes en silencio. Después escupió por la ventana con maestría. Y rezongó:

—No eres tonto ni mucho menos, Tony.

Abrió el cajón donde había varios peines de balas, una automática de repuesto, y una cajita de cartón. Abriendo ésta, sacó dos anillos y un broche.

Los empujó hacia Drake.

—Yo elijo el broche y el anillo de rubíes. Te dejo el otro anillo. Como ves soy ecuánime. ¿Vale?

—Vale, Marquitos, porque se trata de ti —afirmó risueño Drake, recogiendo las tres joyas.

—De tu anillo harás lo que se te antoje mejor, pero me darás el nombre de quien compre las tres joyas. Si me entero que me das menos moneda de la que hayas extirpado, me enojaré tomando medidas serias contra ti.

Marcos Henreid se reclinó en la mecedora en postura que pensó compendiaaba digna autoridad.

—¿Qué medidas? —indagó Drake, regocijado.

También divertido, especificó Henreid:

—Hace tiempo que le sacas tabaco y mercancías gratuitas a doña Ángela, mi funcionaría.

—A ella, no. A su hermano —corrigió Drake.

—Bueno, el caso es que su hermano vino a verme para quejarse, el muy gandul. Lo despaché sin contemplaciones, ya que tú eres mi leal amigo.

Tony Drake rió a gusto, antes de puntualizar:

—Me he enterado que después de que el hermano de Ángela

vino a contarte su secretillo... te pusiste a adquirirle mercancías... gratuitas. O sea, que deberías agradecerme el haberte proporcionado un suministro tan limpio.

—Es imposible ponerse serio contigo, frescales. Bueno, le ordenaré por escrito a Harley que suelte a la mariposa. Vete en paz, y que tú conciencia sea siempre pura conmigo, Tony.

—Hasta otra, viejo. Cuando te mueras, me cuidaré de que nunca falte tu flor preferida sobre tu tumba.

—Amén —sonrió Marcos Henreid—. Rositas blancas, y nada de lirios.

Tony Drake esperó a que Fat Risko, el principal auxiliar de Henreid, volviera a ensillar. Y cuando ya estaba fuera de vista, abandonó la sombra de la fachada lateral de la prisión de Puerto Hondo.

Ben Harley seguía leyendo el oficio, cuando entró Drake:

—Hola, Tony. Estoy en pleno trabajo ahora.

—Descansa, hombre. Yo te alivio... Henreid manda y ordena que suelten a Julia Dupont, con diplomacia. Déjame sustituirte.

—¿Qué te propones?

—Soy soltero, ¿no?

—Sí, pero... Bueno, el caso es que cuanto antes salga ella, menos trabajo. Vamos a ella. Tú hablas.

—Mejor será que la espere fuera, pero si se te traba la lengua, y se pica la jovencita, luego, cuando llegue a su terruño, tiene un hermano senador que puede buscarle jaleo a Henreid. En fin, espero fuera.

Tendiendo el oficio firmado por Marcos Henreid, indicó Harley:

—Que estampe ella el pulgar debajo, o si sabe escribir, que firme con esta pluma. ¿Piensas invitarla esta noche al «Paraíso»?

Tony Drake guiñó un párpado.

Poco después, abrió la cancela de la celda ocupada por Julia Dupont.

Una magnífica muñeca pepona, de carnosos labios, larga melena rubia, picaros ojazos asustados...

—Buenas noches —saludó Drake, en perfecto francés—. Soy algo así como embajador de las autoridades locales para los casos que requieren mi intervención, léase este papelucho, Julia, firme y queda libre.

Julia Dupont sonrió extasiada, pero de pronto, frunciendo el entrecejo, manifestó, trémula la voz:

—Quiero ver al juez.

—No hay ninguno disponible en Puerto Hondo. Cogían anemia. El juez más próximo está en la capital, y es sordo como una tapia. Escucha, muñeca, si sigues mi consejo sólo perderás un broche y el anillo de rubíes. Y sales bien librada. El resto de tus joyitas... viajará contigo hacia Nueva Orleans. No me mires así... Soy pobre y deshonorado, pero tengo arrechuchos así. Y de momento, piensa que saliendo de aquí, ya respiras libre.

—Sí, pero... usted, ¿quién es?

—Tony. Esto es una estilográfica que escribe, firmas aquí, rubricas, le dices adiós al portero, y rumbo a Nueva Orleans.

Tony Drake precedió a la luisiana que, en la antesala, inquirió incrédula:

—¿Puedo irme?

Ben Harley examinó la firma y aseguró:

—Por mí, encantado. Su equipaje quedó en consigna. Tony sabe dónde. Muy buenas noches.

En la calle solitaria, Tony Drake, asiendo por el codo a la luisiana, manifestó risueño:

—No quiero que te lleves mal recuerdo de esta tierra. Recogerás ahora tu equipaje, y te alojarás en el «Quintana», porque es limpio y tranquilo. Duermes a fondo, apenas pagues en la agencia Montes, el importe del pasaje en el correillo mejicano que zarpa mañana a las diez.

—¿Y... ya sabe usted que me robaron?

—Confiscaron, hermana, confiscaron. Y se extraviaron broche y anillo de rubíes. Este anillo, no. Muy tuyo, como esta cajita de dulce, guayabo.

La última palabra sonó espaciada, a piropo.

Bajo la farola, ella quitó el lazo, miró el contenido de la caja, y temblando de emoción codiciosa, cerró, apretando contra su busto la caja.

Musitó recelosa, mirando en torno de la silenciosa callejuela.

—Usted... ¿por qué hace esto, por qué...? No entiendo, no comprendo...

—Ni falta que te hace. Sólo has perdido un broche, un anillo,

eso es lo que comprendes, y has recuperado lo demás.

Colocándose la caja bajo el axila opuesta a la que servía de cobijo a la mano masculina guiando sus pasos, murmuró incrédula:

—Ya no creo en los Reyes Magos.

—Yo tampoco, muñeca.

—¿Cuánto... he de pagarle?

—Mira, ¿ves aquel letrero luminoso? Es la consigna. Enseñas este papel, recoges tus maletas, coges un taxi, vas por tu pasaje y te encierras en el «Quintana», para subir a bordo a las nueve en punto.

—Pero ¡usted se va! ¿Cuál es la trampa? Tengo miedo... — balbució ella, angustiada.

—Pues echa a correr y llama a un guardia, muñeca. Adiós.

Tony Drake dió media vuelta. Ella le vio alejarse, indecisa. Estaban en una avenida iluminada, con taxis, coches de punto, un guardia colonial de tráfico...

Echó a correr por la acera, llamando:

—¡Tony!

Volviendo sobre sus pasos y deteniéndose, contestó Drake:

—Presente y tu servidor eventual, muñeca.

—Yo... no estoy acostumbrada a que nadie haga nada por nada... No puedo comprender cómo usted con un aspecto... No se ofenda, pero debe andar escaso de dinero...

—Pero sobrado de crédito bien sudado, garantías sólidas, y honestidad íntima en casos muy raros. Abre la orejita más cercana, muñeca. Yo, hace algún tiempo; tuve una hermana. Era como tú, bonita y tonta. Le hizo caso a un gandul, y no encontró mejor solución que beberse un veneno. Me pasó ya la honda pena, y si malvivo, a ratos la recuerdo mucho. Pensando en ella, decidí que tú volverías a tu terruño, y tengo la seguridad de que procurarás no viajar más por tierras como ésta.

Agarrándose al brazo masculino, dijo ella sonriente, pero humedecidas las pestañas:

—Gracias, Tony. No sé dónde cenar. En la cárcel, me dieron un rancho infame.

—En el «Quintana» se cena bien.

—Contigo, sí.

—Conmigo, no. ¿Sabes por qué? Eres bonita y tonta. No quiero que puedas creerte, que lo hecho, lo hice pensando en recompensa

alguna. Me basta tu sonrisa, la buena sonrisa, la que no dedicas a vulgares Adanes. Y tener la corazonada de que sólo deseas una casita, reposo y un maridito de esos poco cariñosos en apariencia, pero trabajador y nada inquieto. Lo dicho, muñeca: pitando a consigna, a la agencia y al hotel. Coge un taxi numerado, con chofer numerado. Irás segura. Buenas noches... siempre.

Tony Drake se había alejado cinco pasos, cuando Julia Dupont de nuevo a su lado, le asía la diestra y con firmeza advertía:

—Si no cenas conmigo, lo consideraré un desprecio. Y si no te quedas este anillo, me echaré a llorar.

—No vendría mal un poco de lluvia porque llevamos meses de sequía, Julieta. Me quedo con el anillo, pero en el «Quintana» cenarás bien, y no admiten tipos como yo, en camiseta y sandalias playeras.

—Entonces, a otro sitio cualquiera.

—Estoy rodeado de chismosos, y luego el jefe de Aduanas diría que le mentí al decirle que tú eras la hermana de un senador. Una caprichosa...

Rió ella, musitando:

—Si soy caprichosa, no te acusarán de mentiroso.

El beso que en el taxi dió ella, era generosamente apasionado, y a la vez, afectuosamente tierno.

Tony Drake no era un héroe ascético.

A la mañana siguiente, Julia Dupont, desde la borda del «Manzanillo», ondeaba su pañuelo, que después estrujó contra sus labios.

Ni siquiera sabía a qué dirección podría escribir al que desde el muelle agitaba de vez en cuando los dedos, en despedida risueña.

Pero aquel hombre, el de una sola noche fugaz, era el que más huella dejaba en ella.

El mismo correillo llevaba en su saca postal, una carta sin remitente, dirigida a una casa comercial de Jamaica.

Sólo el que la leyó, podía interpretar el cifrado comercial convenido con Tony Drake, agente del Servicio Secreto británico en la Honduras Británica.

No había novedad alguna por los poblados a orillas del Belize.

CAPÍTULO III

Apenas desembarcó en Nueva Orleans, Julia Dupont eligió el suntuoso hotel Lafayette, como sede provisional, antes de hallar una casa a su gusto.

Seguía obsesionada con el misterioso aventurero Tony, el hombre que hablaba francés, inglés y español con dúctil facilidad, el hombre con rostro de pirata, cuerpo fibroso y risueño espíritu.

Y pensaba también que Nueva Orleans ya no le parecía ciudad de ensueño, porque en ella faltaba la presencia de Tony.

Consultó al conserje, que repitió:

—¿Una agencia de detectives internacionales, señorita Dupont?

—Y garantizada de confianza.

—La «Agencia Dunn», puede enviarle un buen detective.

El enviado de la «Agencia Dunn», era un individuo de aspecto distinguido, monacal. Producía la impresión de que se le podían contar tranquilamente, las mayores tonterías y pueriles intimididades.

Julia Dupont trató de resumir coherentemente:

—Conocí en Puerto Hondo, a orillas del Belize, a un hombre llamado Tony. Se portó conmigo como un verdadero hidalgo español, aunque es un aventurero. Ignoro su dirección, y quisiera escribirle. Estoy convencida de que no figura en ninguna guía, ni en el censo de residentes fijos, ¿me comprende?



Se enzarzaron en una reñida pelea...

—Perfectamente, señorita Dupont. Y en concreto, ¿qué debemos nacer?

Nerviosamente sacó ella la pitillera de platino, masculina. Ofreció un cigarrillo, y el detective cogiéndolo, comentó en tono trivial:

—Una pitillera originalísima, señorita Dupont. Tiene un trabajo de orfebrería muy especial.

—Sí, en efecto. Fue un obsequio de un admirador... Bien, lo que deseo es saber dónde puede recibir mis cartas Tony. Nada más.

—Será sencillo. Tenga la bondad de describirme a Tony.

—Alto, ancho de espaldas, parece flaco, sin serlo, ¿entiende?... Cabello corto, cobrizo, muy moreno, ojos claros... Es muy conocido en Puerto Hondo.

—Bastará —aseguró el detective, levantándose.

—¿Cuándo tendré noticias?

—Antes de una semana, señorita Dupont. Si no residiera ya en este hotel, dígnese telefonar dándonos su nueva dirección.

En la «Agencia Dunn», el detective consultó un fichero.

Extrajo la fotografía de una pitillera idéntica a la que poseía Julia Dupont. Al margen, en lo alto de la fotografía, una máquina de escribir había anotado:

«Caso F. Z. Stone. Asesinado en Tres Fronteras.

Objeto de su propiedad. Inicial “F” en diamantina».

La pitillera en poder de Julia Dupont, conservaba en su esquina la inicial «F» grabada en el platino, con diamantina.

La tarde era calurosa y los dos agentes de guardia en la comisaría colonial de Belize, se mecían en agradable somnolencia.

Cuando uno dejaba de imprimir el vaivén al balancín de mimbre, el otro lo renovaba, dando un indolente empujón.

Tenían que evitar el dormirse por completo, y se despabilaron a medias cuando un coche frenó ante la puerta. Un magnífico «Lincoln», matriculado en Nueva Orleans, llevando la placa de tránsito fechada del mismo día, por la comisaría del puerto.

Por lo tanto, su dueño había desembarcado con su coche aquel día.

Lo que les despertó por completo haciéndoles arreglarse la indumentaria, y hasta ajustar la corbata, fue la turista que descendió del «Lincoln».

Una mujer que armonizaba con el color ambarino del coche, porque vestía de este matiz con sobria distinción, y también era ambarino su cabello, recogido en redecilla a la nuca, bajo la ancha

pamela que resguardaba del sol su blanca tez lechosa.

Mientras uno de los agentes pasaba tras la mesa despacho, el otro, en pie a su lado, comentó en voz baja:

—Un ejemplar superior, Lewis. Fina de remos, firme de carnación y andares, algo soberbio.

La que avanzaba con decisión, dijo en inglés cantarino:

—Buenas tardes, señores. Desearía ver al comisario.

—Se ausentó esta mañana hacia El Cayo —indicó, muy amablemente, Lewis—, pero si podemos servirla en algo, disponga. A menos que sea personalísimo.

Margit Lavern estaba habituada a las ojeadas insistentes de los luisianos, pero pensó que los pobladores de aquella colonia inglesa, mirando, parecían caníbales.

—No es precisamente personal ya que deseo tan sólo saber dónde encontraría a un hombre llamado Tony Drake.

La expresión amable y admirativa de ambos policías, se convirtió en netamente hostil, y el colega de Lewis especificó:

—El individuo por el cuál pregunta usted, transita mucho, demasiado...

Lewis adoptó un tono protector:

—Dada la calaña de Drake, debemos prevenirla, señorita.

Sonrió ella, pero su tono siguió siendo idénticamente decidido:

—Es exclusivamente con Tony Drake con quien tengo que entrevistarme. Les quedaría muy reconocida si pudieran decirme dónde encontrarle.

—Siendo esta semana la Gran Fiesta verbenera de los hondureños capitalinos —dijo el agente inglés— no falla que el granuja de Drake ronde por la capital, pero ¿sabe ya la clase de tipo que es?

—Tengo indicios, pero para mi caso concreto no importa. Gracias, señores. ¿Dónde le hallaré, más o menos?

—En cualquier cantina de la calle Barón Bliss, seguro... El condenado bebe como una esponja. ¿De veras no podemos serle útiles?

Denegó Margit Lavern y los dos agentes la siguieron hasta el umbral. Cuando el «Lincoln» giraba la esquina, refunfuñó Lewis:

—Este maldito bandolero tuvo siempre suerte con las mujeres. Ya ves... Hasta de Nueva Orleans vienen por él.

—Vete tú a saber si no es para descerrajarle cuatro benditos tiros, porque esta rubia además de sabrosa es de las que pisan firme.

En la tercera cantina de la calle Barón Bliss, un mestizo informó que Tony Drake a aquella horita dormitada su larga siesta en la fonda Reina Victoria.

La fonda Reina Victoria se hallaba en un callejón de los más sórdidos del barrio portuense. Tras el mostrador del vestíbulo, una esbelta mulata, de pañuelo multicolor cubriendo sus cabellos, grandes aretes dorados y ancha sonrisa embobada, abandonó la tarea de pintarse con laca blanca las uñas, para contemplar con envidia a la que se aproximaba.

—Buenas tardes. ¿Está el señor Drake?

Soplándose las uñas, la mulata pareció meditar, antes de contestar:

—Estar como estar, sí que está, pero duerme, y se pone muy encrespado si le despiertan. Puede esperarle aquí hasta que se levante.

—¿A qué hora?

—Depende, porque no tiene hora fija para nada Tony Drink. A veces no duerme, otras se acuesta a las siete de la madrugada, y...

—Prefiero subir. ¿Habitación?...

—Siempre la misma, cuando viene. El 13. Dice que trae suerte, pero siempre va derrotado, y eso que siendo guapo como es, podría si quisiera... Bueno, usted sí que tendrá suerte, *milady*.

El descaró de la mulata no ofendió a Margit Lavern, que poco después empleaba el canto del bolso para reemplazar sus nudillos al ir transcurriendo el tiempo sin que la puerta marcada con el número 13, se abriese.

Al interior, boca abajo en la hamaca, Tony Drake, colgantes los brazos, apartó la cabeza del corchoalmohada, gruñendo:

—Ni estoy ni quiero estar, muchacha. Ventílate.

Pero el insistente repiqueteo, no era el impaciente de la mulata, sino algo peor. Rítmico y constante, con unos tres segundos de intervalo.

Saltando de la hamaca, Tony Drake removió los labios, y aproximándose a la ventana miró la hora en el reloj encima del «Jamaica Kiddy», al otro lado del callejón.

Las cinco cuarenta de la tarde.

Se dirigió a la puerta, y abriendo detalló la figura de Margit Lavern, en progresivo escrutinio placentero.

—¿Tony Drake?

—Presente y servidor... a horas más adecuadas.

—Necesito hablar con usted de algo muy importante.

—¿Para quién? —preguntó Drake, a la vez que se dirigía hacia el esquinado lavabo.

Entrando, Margit Lavern pudo examinar el escueto mobiliario, y las telas desgastadas, así como el papel de las paredes, a trechos rasgado, y a otros escrito con grafitos poco decentes.

—Importante para mí, pero de rechazo para usted, Drake. ¿Puedo, con su permiso, tomar asiento?

—Por mí si encuentra sitio limpio, no tengo el menor inconveniente.

De espaldas, hundiendo el rostro en la palangana, los dorsales tenían una musculosa movilidad bajo la malla de la camiseta marinera a rayas azules y de turbio blanco.

El cuello macizo era el que hacía aparecer más flaco en contraste, el enjuto rostro. Se volvió frotándose con la toalla de un blanco tan turbio como su camiseta y pantalón.

—Debería pedirla excusas por recibirla en *négligé oh, lá, lá, lá*.

Sonrió ella, replicando:

—No se equivocaron al asegurarme que era usted un lince, ¿o es que mi acento es tan atroz que se adivina fácilmente mi origen francés?

Tiró Drake la toalla a un rincón y, pasándose los dedos por el crespo cabello cobrizo, se calzó, sin inclinarse, los mocasines de lona.

Posando sus claros ojos en la visitante, dijo:

—Existen cosas sencillas de adivinar al primer vistazo, aunque no estoy para acertijos en este momento. No lo tome por la tremenda, invocando galanterías y todo esto, pero esta tardecita me toca ir al barbero, y después a mover el bigote, porque tengo gazuza atrasada.

Se apretó en torno al talle la corbata cinturón, y ella, levantándose, manifestó con su peculiar firmeza:

—Ha hecho el viaje desde Nueva Orleans para hablar con usted,

y puedo esperar el tiempo que sea preciso. ¿Le conviene a las ocho?

—A mí me conviene un rapado y una merendola.

Saliendo de la habitación, comentó Margit, en el rellano:

—Tal como me dijeron... El hombre duro de la policía federal mejicana de Tampico.

—Eso era antes. Ahora, tan sólo un viril mancebo —repuso él, sonriente.

Pensó ella que, al sonreír, el magro semblante adquiriría una siniestra jovialidad. La propia del hombre que en el informe privado de la «Agencia Dunn», constaba como «expulsado de la policía federal mejicana, por haber dado lenta y violenta muerte a Rod Carranza, ensañándose con su notoria jovialidad sanguinaria»...

En el mostrador, al recoger la llave que lanzaba Drake, la mulata, contoneándose, inquirió en español:

—¿A las diez, esta nohecita, Tony?

—¿Pues y qué va a pasar esta nohecita, mi prenda? —rió Drake, que también en español, añadió—: Nos bailaremos un tumboncillo que será pura confitura de fresa.

—A menos que la gringa que espera, te luzca más rica.

—Luce y lo es. Y a propósito de gangas, me mandaré mudar cuando pueda pagar en otra fonda, porque hay visitas que deben anunciarse, caray. Abur, lirio nevado.

Margit Lavern en la acera, señaló con el bolso al extremo del callejón dando a una plazoleta.

—Puedo acompañarle en mi coche.

—En teniendo nafta suficiente, sí. Pero la han informado mal, «mamzel». Hace tiempo que dejé la policía como oficio, y sólo me ocupo en investigar cómo conseguir la moneda diaria para un decoroso malvivir. Si necesita un policía, los hay a patadas.

—Pero no reuniendo sus especiales condiciones, Drake. ¿A qué hora puede usted oírme?

Tony Drake, mordiéndose el labio inferior, escrutó con insolencia elocuente, el semblante y anatomía femenina.

Ella permaneció erguida, impassible en apariencia. Dijo por fin:

—Una dama como usted, no pierde señorío ni calidad, conmigo ni con nadie. A las siete tomaré un estomacal en la timba ésa.

Señaló el «Jamaica Kiddy» y ella asintió:

—Hasta luego, Tony Drake.

La vio él alejarse hacia la plazoleta, latiendo su honda vocación de investigador nato.

Una mujer de unos veinticinco años, distinguida, sin equívoco, que venía desde Nueva Orleans, y que buscaba precisamente a Tony Drake sin importarle que ya no fuese el hombre duro, en activo, de la policía federal mejicana, era un interrogante.

Un interrogante fascinador en sus venusinas curvas.

—Dinero fácil —repitió, ávidamente, Hubbard—. Y la faena es un juego de niños. Se trata sólo de atrapar a un tipo con camiseta marinera. Viene por aquí.

Su compañero Mac Guire examinó el local donde se hallaban sentados cerca de una esquina del largo mostrador de la cantina «King Honey».

—¿Camiseta marinera? La elección no es difícil. Sólo en esta misma cantina hay más de una docena.

Recién huidos de La Habana, los dos *gangsters* habían elegido Belize como escala, y aguardando otro barco, ya le habían ofrecido a Hubbard una ocasión.

—El que me ha encargado la faena es un tal Sergio Perkins. Nos dará cincuenta pavos por barba, si le llevamos a su barcaza a un tipo de ojos claros, pelambre cobriza, muy moreno, alto y flacucho.

—¿Y dices cincuenta pavos a cada uno? Valoran en mucho precio a los fiambres por este puerto.

—Es que a éste no le podemos liquidar.

—¿Qué más datos tienes?

—Se llama Tony Drake, y pega como una bestia.

Anda siempre metido en negocios sucios y le debió birlar alguno a Sergio Perkins.

—Nos hace falta ganar lindamente esos cien. ¿Dónde podremos dar con ese Drake? Pregúntale al marino ese del mostrador.

Cerca de la mesa ocupada por los dos *gangsters* fugitivos, un hombre con camiseta marinera, se acodaba al mostrador.

Llevaba un rato sorbiendo jugo de frutas, en macedonia helada, como digestivo de varios emparedados calientes.

Volvióse al sentirse tocado en la espalda por Hubbard.

—Oiga, marino, ¿nos podría informar por dónde anda un tal Tony Drake?

El interrogado apuró el resto de la macedonia y, apoyándose de codos en el mostrador, dió frente a los dos socios en malas andanzas.

—Le conozco, pero no simpatizo con él. ¿Qué le queréis?

—Saludarle efusivamente. Éste es Mac Guire y yo soy Hubbard. Tú también eres *yanki*. Siéntate entre nosotros. Así... Eso es, podemos charlar cómodos. ¿Qué tal estás de fondos?

—En seco.

—Una libra si nos llevas a dónde podamos tropezamos con ese Drake.

—No creo que un tunante como Drake valga tanto dinero ni molestias —sonrió Tony Drake—. Seguramente sois nuevos en este mercadillo.

—Estamos de escala.

—Se nota, y os habrán engañado.

—Es difícil engañarnos a nosotros, y bien se dio cuenta Sergio Perkins que a nosotros hay que pagarnos.

—No faltaría más...

Y mientras hablaba, inesperadamente, Tony Drake se puso en pie y sus dos codos tropezaron violentamente con las barbillas de los dos hombres sentados.

A continuación pero simultáneamente, sus dos manos asieron las nuca de los dos pistoleros, cuyas frentes entrechocó ruidosamente.

El ataque había sido de tan imprevista rapidez, que los dos *gangsters* no tuvieron siquiera tiempo de darse cuenta de lo que les sucedía.

El doble golpe en la barbilla y el rudo contacto de sus mutuas frentes les dejó entontecidos.

Las manos de Drake recorrieron los dos cuerpos en cacheo hábil.

Hubbard se recuperó el primero y se abalanzó cabeza baja contra Drake, que en pie le contemplaba brazos en jarras, con los puños sobre las caderas.

Ladeó Drake la cintura en ágil esquivia, y asestó un gancho en la mandíbula de Hubbard que, elevándose hacia atrás, perdido el equilibrio, cayó de espaldas sobre la mesa, basculando por encima de ella con los pies, por alto.

El ruido de la mesa al romperse bajo el peso de Hubbard pareció despertar a Mac Guire que, aún con los ojos velados por la

semiinconciencia, llevó su diestra en movimiento reflejo e instintivo hacia el bolsillo posterior.

—El calor todo lo evapora por aquí —manifestó Drake.

Orientado, Mac Guire en pie, empleó la pata de la mesa como instrumento atacante.

Los concurrentes jalearon a Mac Guire, mientras Drake, retrocediendo, rompía una botella estrellándola de canto sobre el mostrador.

Y presentó el dentellado vidrio.

Un espectáculo que hizo meditar a Mac Guire.

El tiempo necesario para que desde el suelo, dijese Hubbard:

—Abandona, Mac Guire. No nos conviene jaleo ahora...

—No nos conviene, Mac Guire —sonrió Drake.

Soltando la pata de la mesa, pareció inclinarse para ayudar a su compañero, que de pronto saltó puños en ristre, rodilla avanzada.

Chocó con el mostrador, y a su lado, tras la rápida, esquiva, Drake abatió los dos puños entrelazados sobre su nuca, ironizando al separarlos:

—Los hay incansables, hombre.

Y alzó las dos manos para abatirlas pesadamente golpeando el mentón y frente de Mac Guire, al que recogió Hubbard.

Tony Drake dejó sobre el mostrador las dos automáticas. Las dos armas, que en rápido cacheo había quitado a los *gangsters*.

Miró al patrón antillano:

—Entrégalas a quien de derecho te pete. Belize va perdiendo categoría desde que la eligen como refugio demasiados bobos. Les cobras la mesa, los cristales rotos y mi cena. ¿De acuerdo, patrón?

—De acuerdo, Tony —aseguró el antillano *Ring*—. Ellos dos pagarán, o me quedo sus credenciales.

CAPÍTULO IV

Aparcando el «Lincoln» en la plazoleta, Margit Lavern caminó por la acera del callejón hacia el «Jamaica Kiddy».

Los silbidos prolongados y los piropos de cualquier calibre, no alteraban su aparente impasibilidad.

Iba mirando con curiosidad los cafetuchos y cantinas, donde mujeres de todas razas, alternaban con marineros, plantadores, chicleros y sujetos de pintoresca apariencia.

Se detuvo en el umbral de una cantina llamada «King Honey», porque la concurrencia se adhería a las paredes, dejando el centro libre junto al mostrador. Y en aquel improvisado *ring*, Tony Drake actuaba complacido.

Margit Lavern aguardó a que saliera, y comentó:

—Le vi al pasar. Son ya las siete. ¿Me dedica unos momentos?

—Todos los precisos, pero por aquí abundan los chismosos. Si ha traído usted su carro, la sigo, y charlaremos mejor.

Caminó ella hacia la plazoleta, y observó que si bien las miradas masculinas seguían expresando famélica admiración, los piropos y silbidos habían enmudecido.

Era sencillo deducir que su acompañante, debía tener acreditada la fama de matón, pensó ella.

Al instante tras el volante, comentó:

—Le vi peleando, Drake. ¿Es su afición favorita?

Sentándose a su lado. Tony Drake denegó:

—Son los demás los que buscan greña. Yo me limito a sobrevivir. Dele gas hacia aquella avenida de palmeras, donde hay un estacionamiento tranquilo y decoroso.

Puso ella en marcha, y añadió Drake:

—Antes de exponerme su caso, es preciso que sepa que con las autoridades no tengo la menor influencia. Casi diría que todo lo contrario. Me refiero a las autoridades dignas de este apelativo.

Detuvo ella en el aparcamiento de palmeras a un lado de la anchurosa avenida.

Abriendo el bolso, sacó una carta que presentó a Drake. Éste la tomó y leyó la firma:

«Leslie Burke».

El membrete decía:

«Oficina de Inmigración. Nueva Orleans».

»Amigo Tony:

»Te ruego dediques la máxima atención al problema de Miss Lavern. Siempre a la recíproca, afectuosamente».

Guardando la carta, comentó Drake:

—Burke no puede ignorar que ya no pertenezco a la policía. Si no se lo dijo, sería, por creer que de todos modos yo puedo serle útil. Y en tiempos pasados Burke me facilitó tareas relacionadas con su departamento.

Ladeándose se acodó al respaldo, y Margit Lavern miró frente a ella, como para ordenar sus pensamientos.

Por el reflejo del parabrisas veía el endurecido perfil. Ya no era «Tony Drink» el que escuchaba, sino el investigador por vocación.

—La «Agencia Dunn», conocedora de mi problema, me recomendó al inspector Burke, quien a su vez aseguró que usted era el hombre más capacitado para resolverlo. Me dijo que usted aliaba por su raza y sangre, la pragmática yanqui con un profundo conocimiento de los centroamericanos. Y que podría por lo tanto comprender lo que haría un inglés, y las reacciones de los centroamericanos con quienes hubiese tratado este inglés, que era un hombre de singulares características, bastante excéntrico.

Sacó ella del bolso un sobre rasgado por un lado.

—Recibí esta carta hace unos dos años.

Cogiendo el sobre leyó Drake:

Mrs. Margit Stone.

«Villa Montrésor»

SABINA (Luisiana)

El matasellos, aunque borroso, no dejaba lugar a dudas, por cuanto sus franjas onduladas repetían la mención: TAMPICO.

Sacó Drake la carta. Papel comercial, con el membrete:

«HOTEL IMPERIAL»

Ribera. Tampico.

Fecha un 6 de mayo, dos años antes. La redacción era pulcra, de inglés gramatical, con letra redonda:

Margit:

»Hace tiempo que perdí toda esperanza de conseguir de ti un sentimiento que no fuera la condescendiente tolerancia que dedicas a tus caballos y perros. Esta carta te bastará para entablar el divorcio favorablemente, puesto que renuncio a toda acción legal, y proclamo por escrito mi abandono de hogar, si es que fue hogar lo que hallé en tu compañía.

»Renuncio por esta carta a lo que me pertenece. Tanto a ti como a mis bienes. Pero no daré ni un solo paso para facilitarte legalmente la disposición completa de mis propiedades.

»Hoy embarcaré hacia cualquier otro sitio, donde al igual que logré en Sabina, conseguiré fortuna y situación. Algo te adeudo, y es la firme convicción de no reincidir en enamorarme de una fría estatua, egoísta y de cruel perfidia no aparente.

»Perderás el tiempo intentando hallarme.

»Adiós».

La firma era muy legible, de vigorosa rúbrica:

«Fredric Z. Stone».

Devolviendo la extraña carta, comentó Drake:

—Parece que, en efecto, era excéntrico Fred Z. Stone. Eso de calificarla a usted de estatua fría... La nieve del semblante y además epidermis, no significa que no arda fuego en la sangre. Y la mujer es como un violín, cuyo arco hay que saber manejar para que dé las notas precisas.

—No he venido desde Nueva Orleans para oírle sus particulares opiniones sobre la mujer en general.

—Pero ya que está aquí, nada pierde con instruirse. Se ve que adoraba usted a su Fred. Hace dos años que salió por pies, y ahora se lanza usted a su captura. A lo mejor, esta clase de amor, es el que llama un conocido mío, pasión con espoleta de retardo.

Encogiéndose de hombros, Margit Lavern expuso:

—Tengo que tolerar sus alfilerazos.

—Recordando siempre que la baba del sano no empaña la blancura del armiño femenino. Cuénteme su caso, Margit.

—Nos casamos por contrato que determinaba que cuánto aportase cualquiera de los dos cónyuges, era bien común en caso de herencia. Al recibir esta carta de mi marido, me limité a encargar a la «Agencia Dunn», que tratase de averiguar dónde estaba. Y a las tres semanas fui informada de varias incidencias relacionadas con Fredric. La primera que había vendido su coche en Tampico.

—Mercado libre.

—La segunda, que dos fechas después embarcaba en un frutero, desembarcando aquí en Belize, donde estuvo cuatro días. Embarcó en un fluvial que remonta el Belize, y en la escala de Benque Viejo, le dispararon varios balazos en una cantina mal afamada, que tiene por nombre «Palo Dulce».

—La conozco, y francamente entre nosotros, no es sitio recomendable.

—Mi marido subió herido a bordo del fluvial, y el capitán dió parte antes de zarpar de que el pasajero Fredric Z. Stone iba malherido. Murió Fredric Z. Stone en la siguiente escala de El Cayo, cercana y frontera con Guatemala y Yucatán.

—Tres Fronteras llaman a aquellas lindes.

—Su cuerpo fue enterrado en el cementerio de El Cayo.

—Lo conozco... de vista, y paso. Era antes un campo libre abarcado por los tres senderos: el que lleva al río Belize; el que se interna en Méjico, y el que sigue hacia Guatemala. Aquella comarca fue poblándose de transeúntes, y tuvieron que cercar un cementerio. Interesante el trayecto que siguió su difunto Fred.

Tony Drake evocó los calificativos de la carta de Stone: «fría estatua egoísta», porque ella hablaba con precisión, sin exteriorizar el menor sentimiento, impasible ante cualquier ironía.

—¿Cuál es en definitiva su problema, señora Stone?

—Vuelvo a disponer de mi nombre de soltera, puesto que soy viuda. Mi problema reside en que según la ley luisiana, transcurridos los dos años legales, quedo de hecho, libre del vínculo conyugal, pero necesitaría otros dos años, para disponer de los bienes.

—Comprendido. Usted necesita la prueba legal del fallecimiento de Fred Stone para poder entrar en posesión de la moneda. Aparte mi pésame, que no por tardío es menos insincero, etcétera, acepte que comparta su sentimiento, ya que debe de ser triste encontrarse llorando la viudez de un difunto que impide, aun comido por los gusanos, que su inconsolable viuda arramble con la moneda.

—¿Es obligatorio que se esfuerce usted en ser grosero?

—No, no, si no me esfuerzo lo más mínimo, créame. ¿Y por qué le recomendó el inspector Burke que me ocupase yo de esta investigación?

—Porque según él, usted sabe recorrer los peores lugares sin perder el tiempo ni la vida, en el peligroso laberinto que son estos lugares, el río, Benque Viejo, El Cayo y Tres Fronteras.

—Recorrido llevo mucho, en efecto. Y si me lo preguntasen, afirmaré que en el infierno divertido que es toda la comarca, el río hacia Tres Fronteras es un chorro infecto, y la carretera una porquería. Usted pues, desea que yo vaya a Tres Fronteras, pida la exhumación del cadáver, y el certificado de que el fiambre es, en efecto, propiedad indiscutible de Fred. ¿Señas de la legítima calavera?

—¿Cómo?...

—Comprenda que por más educado que fuese, Fred, al abrirse la losa, no saludará presentándose. Y de carne le quedará cero.

—Ya... comprendo. El inspector Burke me informó que bastarían dos testimonios de autoridades de El Cayo, declarando que el maxilar izquierdo superior de Fredric posee tres dientes de oro.

—Bueno... —rió Drake—. El sepulturero de Tres Fronteras no iba a permitir que Fred se llevase contrabando a la tumba fría. Claro, que siempre quedarán los tres huecos en el maxilar de referencia.

—Me dijeron en Nueva Orleans que un explorador había dado una conferencia asegurando que el Belize, a partir de Benque Viejo, pasaba por comarca sin ley, poblada de indios salvajes, criollos

agresivos y fieras.

—Exageraciones. Por allá los indios y criollos se las entienden con las fieras. Los demás representantes de diversas naciones, son gente que por un cigarrillo estrangularían a una vieja paralítica.

—Bien... Yo ofrecí al inspector Burke que pidiera una licencia de un mes, pagándole yo cinco mil dólares para tener la prueba legal y el certificado. Me dijo que le era imposible, porque desconocía estos terrenos, y que sólo usted estaba capacitado para esta investigación, porque al parecer las autoridades de los poblados fluviales, son algo raras.

—Lo son, porque lo da el clima, el ambiente y el temperamento general. Los funcionarios que vienen de fuera, al cabo de poco tiempo, si sobreviven, están deseando marcharse cuanto antes. Es difícil aclimatarse.

Tony Drake sacó del bolsillo posterior del pantalón, lo que en la habitación de la fonda, ella había creído era una automática.

Era un recipiente metálico, cuyo tapón-vaso, desenroscó Drake, ofreciendo:

—Para aclimatarse, sólo hay una medicina: la botella. ¿Quiere un rico chupito señora viuda Stone?

—Gracias. No bebo.

—No bebe, no fuma, no sonrío, no ama... Debe usted de aburrirse espantosamente, muñeca.

Bebió Drake un largo sorbo, y al enroscar sonrió complacido, porque Margit Lavern exteriorizaba por fin un sentimiento: ira.

Sonrojadas las mejillas, dijo ella, incisivamente:

—Me horripilan sus modales, Drake.

—A mí también, a ratos perdidos.

—No me gusta que me llamen «muñeca». Lo fue para usted quizás, la que tanto suspira por saber dónde escribirle.

—¿Quién es la suspirante, para que me entere?

—Julia Dupont.

—Ni idea.

—Ella sí que tiene o se forja ideas. Pidió a la «Agencia Dunn» que averiguasen dónde podría ella escribirle. Y se dio la casualidad de que Julia Dupont, una tanguista, poseyera la pitillera que perteneció a Fredric, y que yo le regalé a él, al casarnos.

—Caray, qué bueno... ¿Y cómo consiguió ella este regalo

nupcial?

—Dijo que fue un regalo que le hizo un hombre llamado Güenther, dueño de un *cabaret* en Puerto Barrios, de Guatemala. El cuál, telegráficamente informó que dicha pitillera procedía de una subasta en la Casa de Empeños de esta capital.

—Interesante, interesante. ¿Tiene usted el informe que le dio la «Agencia Dunn» sobre el viaje final de su difunto Fred?

—Éste es —y tendió ella un sobre—. Supuse que lo necesitaría.

—¿Fotografía de Fred?

—Entre varias de las excentricidades de Stone, una era la fobia a retratarse. En él era como una enfermedad. Una vez que pretendí retratarle por sorpresa, le acometió un violento furor. Rompió la máquina... y me abofeteó. Y aunque después me pidiera perdón, todo había cambiado entre nosotros.

—Físicamente, Fred, ¿era alto, rubio, de maxilares salientes, ancha nariz, ojos negros, elegante, y aparentando unos treinta años?

La repentina pregunta hizo que ella pestañeara, mirando con estupor a Tony Drake.

—¡Oh, no! Era cetrino, más bien bajo, ancho de hombros, unos cuarenta y cinco años... Pero el hombre que acaba de usted de describir se parece mucho a cierta persona que reside en Nueva Orleans.

Tony Drake volvió a beber un sorbo y señaló con el frasco metálico hacia la avenida Palmitos.

—Esta tarde cuando me visitó usted, al irse, pasó un individuo como el que he descrito. Y este mismo individuo nos ha seguido en un roadster «Austin», de alquiler, matriculado en Belize.

Fulgieron los avellanados ojos femeninos, y entre dientes desdeñó ella:

—Posiblemente un estúpido. No merece atención. ¿Acepta usted la oferta que le hice a Burke?

—Mucho a ganar, nada a perder. Seguiré los pasos del difunto desde que llegó a Belize hasta que se hizo enterrar en Tres Fronteras... si es que se trata de Fredric Z. Stone.

Volvió ella a parpadear, preguntando:

—¿Qué insinúa?

—Tiene usted unas pestañas que abanican, muñeca. Me gusta siempre pensar lo contrario de lo que quieren hacerme creer.

Tomemos el caso de Fred, que quiere perderla de vista a usted. Se embarca, y aparentemente se muere. Pero a partir de meterse en el fluvial que le lleva a Benque Viejo, ya ha entrado en la comarca ideal, donde los fiambres van tirados de baratos. Y donde las Tres Fronteras permiten a cualquiera esfumarse sin dejar huellas.

—Él las dejó.

—Demasiado rotundas. Demasiado visibles. En fin, haré una investigación de acuerdo con sus cinco mil dólares, por unos días más no creo que peligre su herencia. Además, si estuviera con vida el difunto Fred, sobran tipos para devolverle al estado de difunto.

—Lo que insinúa es altamente ofensivo.

—Nadie se ofendería si usted lo propusiera. Por aquí somos tolerantes, comprensivos y servidores. Y en definitiva lo que le importa en todo esto, es la moneda de Stone.

—Su sentido de la ironía es brutal y mezquino, Drake. Pero el fondo íntimo de mi problema, no importa. Impongo una condición. He de seguir su pesquisa, haciendo con usted el viaje a Tres Fronteras.

—Por mí, allá usted. Pero no se fíe de la guía. Habrá leído que el río y sus poblados son pintorescos, que abunda el español, el mejicano, el guatemalteco, los sirios, y hasta los africanos de Liberia, descendientes de los esclavos traídos por los ingleses. Ninguna guía describe el bochorno del río y sus riberas a partir de Benque Viejo. Piense en algo elemental, muñeca: si se muere usted, ¿quién hereda? En fin, ¿dónde se aloja?

—«PradoPalace», habitación 5. ¿Dónde iniciaremos las pesquisas?

—Veré a ver. De momento, mañana a primera hora, usted conduce hasta Orange Walk, cincuenta y ocho millas transitables. Allí tendrá que dejar este coche, y elegir entre una barcaza o caballos, para seguir hasta Benque Viejo.

—¿Qué cantidad precisa como anticipo?

—Unas bolsitas de malla con monedasoro, guineas inglesas. Servirán para despertar la memoria de personas que a ningún detective ni turista contestarían, aunque los ofreciesen dinero. Quedamos pues, que usted conduce hasta Orange Walk, porque estaré reventado de sueño, ya que esta noche es la Gran Verbena —dijo Drake, abriendo la portezuela.

—Ya oí a la que me llamó gringa. Conozco el español.

—Nada mejor que ser políglota, dicen los anuncios de la Berlitz.

—¿Qué es un tumboncillo?

—Un baile popular, propio sólo de gente inculta, grosera y mal vestida. Mañana a las seis de la madrugada, estaré listo, y hará menos calor para emprender el viaje, si persiste.

—Insisto que es básico.

—Aguardaré entonces en el jardín para coches del «PradoPalace».

—Buenas noches, Drake.

—Beso su mano, *Miss Lavern* —dijo él seriamente, disponiéndose a cerrar.

Retuvo ella la portezuela, inquiriendo:

—¿Se burla de la humanidad en general o de mi caso en particular?

—Llámeme Tony, para paladear yo el Margit —y, riendo, añadió Drake—: Escuche, muñeca. Nos une en distinta relación comercial, la pista de Fred Stone, y dejemos aparte nuestros íntimos sentimientos y problemas personales. Yo, estimulado por su generosidad, haré lo posible por complacer a Burke, y ganarme de paso el fajo de dólares que usted ofrece. Pero es preciso que seamos fríos, egoístas y tolerantes. Yo me olvidaré que usted está estupenda, porque es una evidencia innegable. Usted olvídense que soy un tipo grosero, porque también es indiscutible. Lo da la tierra ésta... Abur, estupenda.

Permaneció ella con el entrecejo fruncido, viendo alejarse a Drake hacia el taxi que acababa de llamar.

Y a medida que el «Lincoln» avanzaba por la avenida Palmitos, pensaba ella que no sabía aún si Tony Drake era un degradado sinvergüenza, o un misterioso aventurero de indescifrable pasado.

Lo que importaba era que Tony Drake estaba considerado por el inspector Burke, como un investigador excelente, incrustado con oportunidad en el marco abigarrado y peligroso de la Honduras Británica.

Frenó con cierta brusquedad en el jardín de aparcamiento del hotel «PradoPalace».

La deportiva figura del rubio atleta Mervyn Morel se destacaba bajando del «Austin».

Permaneció ella tras el volante y, acodándose en la abierta ventanilla, saludó Morel:

—Albricias, Margit. Tuve que alquilar este coche al desembarcar del yate que también alquilé para poder seguirte. No supuse que tuvieras la candidez de pensar que podías huir de mí.

—Tengo que repetirte que ni haciéndolo adrede, podías hallar un sistema más adecuado para serme odioso. Y al seguirme hasta aquí, rebasas el límite de lo tolerable, Mervyn. Ten cuidado... Tu espionaje está colmando mi poca paciencia.

Sin inmutarse, replicó el luisiano.

—¿Qué dirían los del censo social de Nueva Orleans y Sabina, si supieran que has venido hasta Belize, para entrevistarte con un tipo patibulario? Conmigo ya sabes que no valen tus arrogancias.

Hubo ímpetu en el gesto de ella al empujar la portezuela, y descender para decir en voz queda, amenazadora:

—Ten cuidado, te repito, Mervyn. En esta tierra, hay comarcas donde la muerte de seres despreciables como Fredric o la tuya, no suscitaría mucha indagación. Regresa a Nueva Orleans, a tu existencia de inútil. Consérvala... No vayas a perderla por esta comarca... ¡Apártate, Morel!

Retrocedió él, susurrando:

—Así me gustas, Margit. Apasionada, vehemente... Y no olvides el secreto que compartimos. Un secreto mortal para ti, en Nueva Orleans.

Apretó ella el paso, y él hizo ademán de seguirla, pero pareció reflexionar y, al cabo de un instante, bifurcó dirigiéndose a la terraza-bar.

Por entre los coches aparcados, Tony Drake regresó al taxi en el que hacía esperado que el «Austin» abandonase su acecho en la avenida Palmitos, para seguirle y luego situarse en aquel frondoso jardín, en buenas condiciones acústicas.

Bebió un largo trago, y al taponar rió complacido, mientras abandonaba los jardines del «PradoPalace».

Seguía redondeándose, muy fascinador, el interrogante de Margit Lavern, su excéntrico difunto y el tenaz perseguidor Mervyn Morel, que compartía con ella un «secreto mortal».

CAPÍTULO V

Había sido una noche muy ruidosa. Toda la artillería de los fuegos artificiales había surcado incesantemente el cielo, inundando de resplandores y petardeos multicolores la ciudad entera.

Músicas, canciones y gritería habían ido menguando al aproximarse los primeros albores.

Margit Lavern, esperando en el «Lincoln» aparcado en los jardines del hotel, vestía el atuendo más apropiado. Botas enterizas, pantalón de montar, una blanca camisa, y una pamea de modelo coreano, resguardaba su rostro del sol. En el ancho bolsillo del pantalón de montar, ocultaba el pequeño revólver de seis balas, mortíferas si eran disparadas a corta distancia.

Sabía ya por un funcionario colonial que regresaba a Londres, que a partir de Benque Viejo, el río se convertía en surco líquido pasando por riberas incontroladas, comarcas donde la ley no existía virtualmente, porque su aplicación era difícilísima y retardada en sus efectos.

Benque Viejo, El Cayo, Tres Fronteras y Hondo, eran comarcas donde los seres humanos tenían que convertirse en bestias de presa, para poder aspirar a sobrevivir.

Ella había citado a Tony Drake, y el funcionario había reído, comentando:

«—Tony Drake es un raro ejemplar transplantado de otro siglo. En el XVI hubiera sido un audaz explorador, en el XVII un negrero, en el XVIII un temible corsario independiente, en el XIX un cabecilla que habría traído locos a los colonizadores, y hoy en día es un aventurero inclasificable, del que sólo se sabe con certeza que en cada rincón de la jungla, tiene a alguien esperándole con el ferviente deseo de matarlo. También hay otros que le deben la vida. Hombres como Tony Drink sólo pueden hallarse en su elemento, en está salvaje región».

A las siete de la mañana, Tony Drake apareció, caminando con cierta lasitud. Hacía variado un poco su indumentaria.

Un panamá amarillento de alas curvadas hacia abajo, sombreaba sus ojos, y unas botas de media caña, convertían en bombachos sus pantalones. Llevaba colgando del hombro un cintocanana, con un revólver «Colt» y un cuchillo montañero enfundado.

Tocando el borde del ala delantera como saludo, se instaló, removiéndose en busca de la postura más cómoda, hasta hallarla.

Y cerrando los ojos anunció:

—Adelante, Margit. No hay más que una carretera hasta Orange Walk, bastante transitable. ¿Reposó bien?

—Mejor que usted, sin la menor duda —contestó ella, tendiendo cinco bolsitas de malla, transparentando guineas oro.

Colocó Drake las bolsas a modo de coraza abdominal, entre pantalón y camisa, anudando sus remates interiormente al cinturón. Y a los pocos momentos, dormía sin la menor reserva.

La carretera, durante unas veinte millas, bordeó el río. Después se internó por entre colinas pobladas de mahogany.

Se cruzaban camiones chicleros y carretas portando caña de azúcar. De vez en cuando, reaparecía el río con sus barcazas y remolques.

Era todavía la zona civilizada y activa industrialmente, sucediéndose las plantaciones con sus factorías y depósitos. Una pancarta señalaba la dirección del río, mencionando «Orange Walk» cuando ya los naranjos en profusión tapizaban el horizonte.

Y despertando, Tony Drake se ajustó el cintocanana, empujando hacia atrás las dos fundas. Bostezó ampliamente y, despezándose a gusto, dijo:

—En Orange hay un hotel muy bueno, regentado por ingleses. Estará muy confortable, esperándome.

Conduciendo impecablemente, demostraba ella la seguridad de sus reflejos. No era una mujer impresionable, al parecer... pensó Drake, salvo cuando Mervyn Morel, poseedor de un «secreto mortal» lograba borrar el barniz de aparente serenidad, convirtiéndola en «apasionada y vehemente», amenazando de muerte.

—Mi única condición, que usted aceptó, Tony, fue que yo seguiría personalmente, y en su compañía, sus pesquisas.

—A partir de esta primera etapa, la escasa policía colonial se convierte en lo más semejante al Cuerpo de Bomberos de un poblado, atacado de somnolencia. Acuden, no ya cuando se ha iniciado el fuego, sino cuando sobre las cenizas del anterior, vuelven a crecer las plataneras. Puesto de otro modo: no hay autoridades.

—No creí que mi integridad física pudiera preocuparle.

—Es la mía la que me preocupa enormemente.

—No opinan así los que le conocen, puesto que afirman que usted hace lo imposible por jugarse la existencia.

—Dejémonos de leyendas, y vayamos a la realidad. Viajar en compañía de una estupenda Eva como la presente, es atraer a todos los bichos enamorados de la carne blanca y rubia, fresca y deliciosa.

—Sé defenderme...

—Bien, veo que no logro convencerla de la utilidad de que se quede esperándome hasta el final de mi investigación, pero he de anunciarle que por estas comarcas me tienen un aprecio loco, y si tienen la ocasión de cazarme, la incluirán en la caza.

—Tengo la seguridad de que con usted una gacela se convierte en pantera agresiva, tramposa y siempre triunfante.

—Gracias, me halaga, me abruma su buen concepto. Tome el segundo viraje a la derecha.

—Nos apartamos del muelle de embarque.

—Para dejar el coche en el cobertizo de Garviner.

La carretera en alto era flanqueada por los dos declives laterales, que en rectos descensos conducían respectivamente al embarcadero y hangares comerciales.

Abundaban los jinetes, mejicanos en su mayoría y guatemaltecos, diferenciándose por sus ponchos, sombreros y la estructura de sillas, estribos y espuelas. Señaló Drake un ancho caserón de madera con tres zaguanes, que eran sucesivamente forja, cantina y establo.

—Atrás está el cobertizo de coches —indicó Drake.

Varios indios caraïbes, acurrucábanse sentados en inmovilidad absoluta, pareciendo estatuas de fetiches malignos. Pero el hombre que se hallaba al fondo de aquel largo cobertizo posterior, era un rubio irlandés de campechana presencia.

Apenas el coche se detuvo, alzó el irlandés las dos manos como

en saludo amistoso, y Margit Lavern, descendiendo, respingó sobresaltada.

Porque dos de los caraïbes se habían distendido en felina proyección, uno laceando los brazos de la luisiana en torno a sus cintura, y el otro recubriéndole la cabeza y busto con una capucha de piel suave.

Pero antes de que la cubriera la teta, pudo ver a Tony Drake forcejeando, debatiéndose entre un racimo humano formado por cuatro indios.

Y en el suelo, tendido, Garviner permanecía inerte...

Margit Lavern se sintió trasportada en vilo, a hombros de los dos silenciosos agresores, que anduvieron más de diez minutos, en un recorrido de frecuentes revueltas, subidas y descensos.

Al quedar libre de la tela y lazo, se encontró en una habitación con una claraboya muy alta en el techo, y una puerta en la que se cansó de golpear con ambos puños.

Los dos caraïbes, bajando una empinada escalera, regresaron al cobertizo, y uno de ellos tendió el pequeño revólver femenino al irlandés Garviner.

Y fueron recogiendo, siempre inmutables, las monedas que en el aire hacía saltar Garviner.

En la vivienda tras el establo, Tony Drake estaba comiendo con apetito unas enchiladas, rociándolas con dorada cerveza.

Sentándose frente a él, dijo Michael Garviner:

—Esta mañana, a eso de las ocho, me llegó el tunante de Bastián con tu carta. Todo ha salido como me pedías... Ahora, ella se figurará en poder de unos indios raptos, y en sitio lejano a mi desván. Te debo muchos favores, Tony, y sabes que no soy preguntón, pero en este asunto me gustaría estar enterado, porque ella es una señorita inglesa.

—Yanki —rectificó Drake.

—Peor aún. Me gustaría saber qué te propones.

—Es sencillo. Que un indio le baje comida y bebida, por la cesta desde la claraboya. En la primera remesa de provisiones, una nota diciendo que tan pronto se consiga el dinero por su rescate, de lo cuál me ocupo, quedará libre. Que la firme, o fracasarán las negociaciones Y así recuperas el escrito. Si yo no paso a recogerla antes de una semana, desempeñarás el papel de héroe liberador,

devolviéndola al hotel «PradoPalace», en Belize.

—Un asunto raro, ¿no? —masculló Garviner rascándose el parietal.

—Y tanto —convino Drake—. Pero en resumen, sencillísimo. Tengo que viajar por Benque Viejo hasta Tres Fronteras, y ella estaba empeñada en venir conmigo, en acompañarme, como si fuéramos a recoger cerezas y margaritas.

—Estará loca... —afirmó Garviner, estupefacto.

—Ni mucho menos. Nunca estuvo por aquí, y eso es todo. ¿Tienes idea de por dónde pisa Bingo Muller?

—Sigue con su barcaza transportando todo lo que se presente, mientras no explote entre escalas. Zarpó ayer hacia Benque Viejo.

Levantándose, Tony Drake volvió a abrocharse el cinto. Sonreían sólo sus labios cuando puntualizó:

—Nos conocemos bastante bien, irlandés de mis pecados. Y a veces me da por hablar en serio, como ahora, por ejemplo. Si le sucediera cualquier contratiempo a tu huésped, arderás sobre la gran fogata que organizaré en tu honor, empleando como leños la madera del derribo de tu caserón. Cuanto más amigos, mayor claridad, ¿no opinas lo mismo, Mike? ¿Estamos?

—Estamos —aprobó el irlandés.

—Ella siente mucha curiosidad por saber de un aparente difunto enterrado en Tres Fronteras. Y no sirvió de nada mi persuasión. Quería ir allá. Si no paso a recogerla antes de una semana, no sabes nada de mí, y fueron unos «motilones» los que la aprisionaron. Por el total de la tarea, te garantizo cien libras. Abur, Mike.

—Suerte, Tony. ¿Puedo acompañarte hasta la ribera?

—Andando lo comprobarás.

Anduvieron en silencio, hasta que, atravesada la carretera, inició Drake el descenso hacia uno de los embarcaderos.

—Cuando se me amotinaron los indios, Tony, me salvaste la piel...

Atajó Drake con un revés en el pecho de Garviner.

—No me recuerdes mis malas acciones, hombre.

Rieron los dos, pero dijo solemnemente Garviner:

—Entre mis muchos defectos no figura el de ser un desagradecido, Tony.

—Pero ¿a qué viene recordar hechos pasados y sumidos en el

inexistente remolino del ayer? Escena cuarta, del acto segundo de «La Cuarta Esposa».

—Lo he recordado a cuento de lo que tengo que avisarte. ¿Hace tiempo que no te llegas por Tres Fronteras?

—Cosa de unos cinco meses.

—Pues hace cosa de estos mismos meses, que varios mejicanos parecen esperar a que te asomes por allá.

—Les daré el gusto.

—Preguntan por ti en todas las cantinas, desde Hondo hasta El Cayo.

—¿Cariñosamente?

—Con un cariño ansioso, y son de lo peorcito que por allá cabalga. Pertenecen a la partida de un tal Zacarías. Un mejicano nudoso seco y fuerte, con mechones grises y pupilas de jaguar.

—Ni idea y no te miento. ¿Zacarías, qué más?

—Sólo le conocen por Zacarías.

—Y sigo sin conocerle.

—Debe tener mucho interés por ti, ya que estando a buen precio su piel, se arriesgó a llegarse hasta aquí mismo, preguntando por ti. Componen su partida tres mal encarados que se apodan «Malgesto», «Cuchillero» y Roque.

—Se agradece el aviso, Mike. Descuida, que esos tíos me cogerán desprevenidos. Abur. Mike.

Bajando hacia el embarcadero, meditó Drake en quién podían ser Zacarías y su partida.

De todos modos, a partir de Benque Viejo, en cualquier conocido y desconocido debía siempre verse un agresor en potencia.

Era la única ley de la comarca de Tres Fronteras.

Por medio dólar antillano, un indio maya consintió en cobijarle bajo el toldo protector de una de sus cuatro pinazas a remolque hasta Benque Viejo.

CAPÍTULO VI

Cada vez que ensillado o desde cubierta, contemplaba Benque Viejo, Tony Drake experimentaba la misma sensación.

Aquel amasijo de cabañas de adobe, viejas barcas ancladas, cubiertas de ramas y chozas en alto sobre pilastras, producía la impresión de un antiguo poblado muerto, sin habitantes.

Pero en la curva, siguiente, el río chapaleaba bajo la serie de tablas, barriles y pasarelas, formando senderos entre barcas y chozas que conducían al único muelle flotante donde se alineaban las cantinas y almacenes del verdadero puerto de Benque Viejo.

Era simbólico que al abandonar la embarcación y pisar aquellos tableros bamboleantes, se percibía la poca firmeza del suelo que uno pisaba.

No había muchas tumbas en Benque Viejo, porque toda la ribera de su primitivo muelle, tenía en su fondo una espesa vegetación barrosa que deglutía y conservaba los cuerpos allí hundidos, enlazándolos en un prieto abrazo avariento que no devolvía nada a la superficie amarillenta y fangosa.

La cantina «Palo Dulce» era el centro preferido de los fluviales cuando tenían dinero suficiente. La única cantina con pista de baile y «ninfas».

En la única y gran sala, a cada lado de la entrada, se hallaba un largo mostrador. Los palcos del piso alto, eran para los jugadores.

Rodeando la pista central, mestizas, mulatas, negras, inglesas y mejicanas, alternaban con plantadores, fluviales, llaneros de variada indumentaria y un mismo adorno común: el cuchillo.

La entrada con arma de fuego estaba «rigurosamente vedada». Se encargaban de hacer cumplir aquel requisito los cinco hermanos Blomberg, alemanes de plácida corpulencia, dueños de la cantina.

Dos de ellos avanzaron presurosos, cuando en la entrada caracoleó un hermoso alazán.

Su jinete, alzando el panamá sobado, saludó cortésmente:

—Paz y buena voluntad, Otto Blomberg. Beso tu frente, Hermann Blomberg.

Y tocando con el panamá la crin de su alazán, añadió Drake:

—Este noble bruto, que llamamos equino, amigo del ser que por aquí llamamos hombre injustamente, tiene mucha sed, Otto. Se hartó de remojar los belfos en líquido incoloro, inodoro e «insaboro». Acaba de pedirme en confianza, champaña del mismo París de la propia Francia.

Otto y Hermann Blomberg volvieron a enfundar sus cachiporras, mientras Tony Drake, reteniendo de brida, empujaba al alazán con toques de rodilla, al primer espacio libre en el mostrador.

Tras el zinc, Franz Blomberg comentó apaciblemente:

—¿Llegó tu barco, Tony Drink?

La expresión corriente en la comarca, significaba haber alcanzado la fortuna. Todos los aventureros, al ser preguntados por que soportaban resistir aquel malsano ambiente, respondían siempre lo mismo:

Esperaban su barco.

Un símbolo que muchas veces llegaba a plasmarse en forma de muerte violenta, y muy pocas trayendo la anhelada carga de la fortuna.

Tony Drake arrojó una bolsita de mallas, conteniendo guineas oro.

—Un cubo de champaña para el noble bruto.

Los comentarios se propagaron como reguero de pólvora. El borrachín de Tony Drink estaba abrevando su caballo con champaña, y había pagado con guineas oro.

El cubo de champaña fue despreciado por el alazán, que prefirió unas zanahorias bañándose en melaza, antes de ser llevado de las bridas por Rudolf Blomberg hasta el anexo y visible establo.

El cubo pasó de mano en mano. Tony Drink invitaba...

Y estaba muy en su ambiente, bailando con frenesí acrobático un «restregón» cuya letra era cantada por una negra de estridente voz:

«En Benque Viejo viven los bribones, en El Cayo los tunantes a montones, en Tres Fronteras los rehuyones, y en Palo Dulce bañan los mocetones».

El refrán de rítmica consonancia, fue entonado a coro, y después un mejicano entonó una réplica anunciándola con agudo jipío estremecedor:

«Al pie de la Cruz Chiquita, me juraste amor eterno, y por detrás de la ermita, el diablo se comió el cuerno».

Tirando el panamá al aire, vociferó Drake su «entrada»:

«Guayabo que te casas con hacendado, porque no tengo yo ni un cuarto, espera a que llegue mi barco, y quiéreme mientras al fiado».

En la pista reinaba una agitada animación. A empujones se cambiaban las parejas, y la quemante «aguanieve» circulaba con abundancia.

Dos horas después de la llegada de Tony Drake, los Blomberg iban echando fuera a los bebedores que ya no estaban en situación de poder mantenerse en la vertical oscilante.

En un palco, Tony Drake se dejaba abanicar por los pañuelos de una inglesa esquelética, y de una enorme negra oronda de fácil risotada.

El organizador de la fiesta, parecía extasiado y totalmente ajeno a nada que no fuera embriagarse a conciencia.

Pero su mente estaba muy ahíta. La bebida a la que se había ido habituando en dosis progresivas, era la máscara, sin la cual no podía circular por la comarca un agente secreto.

Pero cada nuevo ingreso entre los concurrentes, lo calibraba.

Por fin, entró un individuo de magra faz morena, brillantes ojos y largo mostacho de guías caídas.

«Puro mejicano montañero», lo catalogó Drake. De los qué no residían, en poblados, sino que formaban partidas alojándose de preferencia en chozas situadas en parajes montañosos, de fácil vigilancia y pronta huida.

El mejicano montañero miró en torno, hasta inmovilizar el lento giro de su cuello que le daba semejanza con un gigantesco cuervo avizorando presa.

Posó sus menudas pupilas taladrantes en el palco, donde Tony Drake debía de estar contando algo muy gracioso, a juzgar por las contorsiones de la negra y el hipo espasmódico de la inglesa.

Abrazando a la negra, susurró Drake en su oído:

—No mires ahora, jamoncito mío. Dime si conoces el nombre del mejicano montañero que está bebiendo tequila que le sirve

Hans.

La negra miró de soslayo, riente...

Se trocó la expresión divertida por una de temor, cuando dijo:

—Es Roque Guzmán, de la partida de Zacarías. Suelen acampar por Tres Fronteras y ahorita recuerdo que este mismo vino preguntando por ti.

—Aguardadme aquí, princesas.

En otro palco, un chiclero agitaba su cuchillo en vano, porque le sujetaba por el brazo y los fondillos, el ciclópeo Rudolf Blomberg.

Tony Drake se aproximó al mostrador atendido por Hans.

Rozó con el codo a Roque Guzmán, que estaba colocándose en la unión del pulgar e índice el blanco complemento de la ardorosa, tequila.

—Dame un jarabillo limonado, Hans —pidió Drake.

El mejicano Guzmán deslizó una ojeada expresiva...

La de la fiera que por fin halla la codiciada presa. Tony Drake, risueño, le miró, comentando:

—Para la resaca nada mejor que el agrio limón, ¿verdad?

Mientras hablaba meditó que si los ojos fueran machetes, ya haría segundos que Roque Guzmán le habría acuchillado al por mayor.

Y, sin embargo, no conocía de nada al torvo componente de la cuadrilla del desconocido Zacarías.

Lo veía por vez primera.

—Mejor que el jarabillo, un poco de aire fresco, digo yo —canturreó el mejicano montañero.

—Acertado y barato —sonrió Drake—. A ti te he visto, y no acierto dónde ni cuándo.

—Ahora y aquí —afirmó Guzmán.

Hans Blomberg intervino, chocando el puño sobre el zinc:

—¿No preguntabas por el piloto del «Roo Ark», Tony? Allí está Bingo Muller, aquel...

—Dile que le invito a mi palco. Vuelvo apenas haya tomado una buena ración de aire fresco.

Tony Drake salió a la acera.

Un ancho entarimado, elevándose a un metro del fangoso suelo que separaba los edificios de los flotantes senderos del muelle.

Y apenas salió, giró sobre sí mismo, pero saltando a un costado.

Roque Guzmán contuvo su gesto, y siguió reteniendo por la punta el cuchillo que se disponía a lanzar contra las espaldas del que, con su rápido salto, lo había evitado.

En la acera plataforma, se detuvieron los que transitaban en una y otra dirección.

Algo encorvado, Tony Drake mostró en la palma de la diestra su cuchillo, inquiriendo:

—Ya estamos «empalmados». ¿Qué se te debe, tú?

Roque Guzmán amagó un corte lateral, y la hoja de acero cabrilleó a unos centímetros del costado de Drake, que adelantó la abierta mano zurda.

Con felina práctica, Guzmán alzó la punta de su cuchillo, buscando perforar la palma zurda.

Retrocedió hurtando el rostro al avance del cuchillo rival.

Respiraron ambos, en la siniestra pausa.

—Sobran testigos de que pensabas pincharme a traición, condenado cobarde —resolló Drake.

Sin contestar, Guzmán inició el molinete, en veloces tajos formando aspa. Drake zigzagueó en esquivo donde un ademán mal calculado, equivalía a servir de vaina.

Roque Guzmán, resollando furioso, dió un salto hacia atrás.

En su mejilla apareció sangrando el trazo vertical...

—La «I» —anunció Drake, mostrando su cuchillo erecto.

La punta tenía color granate.

—Ya sólo faltan la «erre» y la «pe»... —añadió Drake—. En la frente y en la pechuga...

Atacó Roque Guzmán con furia.

Los espectadores asistían con delectación a una de las tantas reyertas. En el umbral de la cantina, Hermann Blomberg iba recogiendo los billetes y monedas de los que, agrupados, iban apostando...

—¿Por qué quieres tú pincharme, fulano? —pidió Drake.

Tenía un jirón a medio muslo.

El dril iba manchándose de sangre.

A dos pasos, Roque Guzmán se pasó la manga de la camisa por el corte recién abierto en su frente...

Taciturno, contemplaba con rencorosa admiración a su contrincante. Y de pronto, en simultáneo salto, ambos atacaron.

Como dos gallos ansiosos de hincar su espolón y derribar.

Los cuchillos relucieron rojizos, y los espectadores rugieron, animando a sus respectivos favoritos.

Un abrazo reunía a los dos luchadores. Estrujándose prietamente...

Roque Guzmán lanzó un grito de triunfo cuando, al caer ambos, su cuchillo se hincó con fuerza.

Pero en la madera...

Y zafándose de la caída que él mismo había provocado, Tony Drake hundió de lado su acero.

La cuchillada, penetrando profundamente, se complementó con la fuerza del puñetazo en el mango...

Roque Guzmán abandonó la acera, para rodar en el fango de la calleja ribereña. Boqueó ansiosamente, al arrodillarse y fue incorporándose con macabra lentitud.

Apretándose con la zurda el costillar abierto...

Y habló por vez primera para exclamar:

—¡No le pude, Zacarías!... ¡No le pude!... ¡Dios!...

Su última exclamación se ahogó en sollozo de muerte, y se desplomó de bruces.

Dos sepultureros voluntarios asieron por tobillos y sobacos a Roque Guzmán, que se convirtió en un fúnebre chapoteo al hundirse en las aguas amarillentas.

Hermann Blomberg iba repartiendo las ganancias a los que habían apostado por Tony Drink, y una india hondureña cantó estridentemente:

«Siga la fiesta de los pillos, entre churros y turrone,
cuchillos, pellizcos y timplillos, guayabos, mocetones y
restregones».

CAPÍTULO VII

Bingo Muller, piloto propietario de la barcaza «Roo Ark» entró en el palco llevando consigo su personal garrafito de ron jamaiquino.

Terminando de vendarse la herida poco profunda, dijo Drake:

—Vuelen las avispas, que dos zánganos van a hablar solitos.

Salieron la inglesa y la negra.

Bingo Muller, sentándose frente a Drake, comentó:

—Mi amigo Hans afirma que con usted se puede charlar. Y que usted quiere charlar conmigo.

—Un poco de todo y sin compromiso de nada. ¿Qué tal anda de memoria, piloto Muller?

—Floja para según qué, de elefante según cómo.

—Es referente a algo que pasó hace como unos dos años.

Bingo Muller, grueso, calvo y de ojillos muy azules, llevaba, cinco años navegando por el río. Sabía adivinar con quién trataba.

Tendió la garrafito y Drake bebió con agrado.

Aquel gesto equivalía a reconocerle poseedor de virtudes necesarias para transitar por el río.

—Es curioso lo que nos pasa a veces —opinó Muller con su lenta pronunciación que no perdía la guturalidad—. Me acuerdo del primer beso que le di a una chica, pero me cuesta recordar su nombre. Me acuerdo del día en que perdí dos muelas, y me es imposible recordar la fecha en que se escapó mi segunda mujer, como tampoco recuerdo si era moreno o rubio, el que estaba con ella cuando les di alcance. Eso de la memoria, no tiene una singladura bien definida. Al menos a mí, eso me pasa.

—Nos pasa, nos pasa —admitió Drake—. El fulano que me interesa, era moreno, cetrino, más bien bajo, pero ancho de hombros. Unos cuarenta y cinco años. Embarcó en Belize, un mayo de hace dos años. En el «Roo Ark».

Palpando la garrafitita, tardó Muller en contestar:

—Embarca tanto fulano...

—Hizo escala aquí, y se rumores, que en esta cantina le soplaron unos plomos. Pero pudo embarcar de nuevo hacia El Cayo.

—¿Se llamaba?

—Fredric Z. Stone.

—Me repica en la memoria. ¡Sí! Era poco hablador, y nadie le conocía. ¡Rudolf, viejo camarada!

El coloso de los hermanos Blomberg acudió para cruzar los antebrazos en el reborde del palco:

—¿Qué quieres, Bingo, buen compañero?

—Yo di pasaje hace dos años a un fulano, que vino a tu cantina, y regresó a bordo lastrado con plomo.

—Pasan tantos que salen lastrados o cortados...

—Lo poco que ése pudo balbucir, se lo pesqué. Dijo que le había disparado una mujer.

Tony Drake redobló su atención.

—Ya, ya... —Cabeceó, estólidamente, Rudolf—. Voy viendo. El fulano era forastero. Venía de Tampico. Me acuerdo porque preguntó por él, tiempo después, un detective yanki. Yo dije lo que sabían todos. Que entró, que salió, y como es de ley, que yo no había visto más que al fulano echando sangre por la cara yéndose.

—¿Cómo era la mujer que le disparó?

—Bonita, fina y forastera también, aguardaba junto a la salida, y escapó apenas soltó los cuatro balazos. De unos veintitrés años, cabello como la miel, ojos de avellana, piel blanquísima, y unos andares decididos. No la he vuelto a ver nunca más... ¡Hermann!

Se aproximó el otro Blomberg.

—Tú estabas muy cerca cuando una mujer le disparó cuatro plomos a un forastero. ¿Te acuerdas, Hermann?

—Oh, no —dijo Hermann, contrayendo el rostro haciendo memoria.

—Dijiste que por una mujer como aquélla hubieses sido capaz de beber agua todo un año, sin probar cerveza ni licor.

—Oh, sí —evocó Hermann, poniendo los ojos en blanco—. Era una delicia mirarla, y como estamos en familia, puedo decir lo que nos llamamos todos. Hay cosas que los forasteros no tienen por qué saber. El fulano sangraba como un cerdo por la cara y tapándosela,

parecía llorar.

—Pero no lloraba —afirmó, solemnemente, Rudolf.

—La mujer hizo los cuatro disparos seguidos, diciendo así: «Te lo juré, Fredric. Ningún hombre se burla de Margit».

—Buena memoria —alabó Drake.

—Oh, sí, porque ella me gustaba mucho y pensé mucho en ella. Pero salió huyendo, y nadie pensó en pararla. El fulano se alejó hacia los muelles.

Una pelea en sus preliminares atrajo a los dos Blomberg, y Bingo Muller epilogó:

—Fredric Stone subió a bordo ayudado por otro pasajero, llamado Zaldívar. Llevaba dos plomos en un pómulos, otro en la mandíbula y el último en la garganta balas de pequeño calibre. Se murió apenas zarpamos. Y lo entregué con sus papeles al jefe rural de El Cayo.

—¿Conoce usted a Zaldívar?

—Viaja con frecuencia. Tiene un rancho en Río Chiquito, al otro lado de Tres Fronteras, al sur de Tapachula. Una familia rica, antigua, de hacendados que siempre llevaron sus productos y ganado a Belize, comerciando por el río. ¿Algo más, Tony Drake?

—Un sorbo de ron.

Al devolver la garrafitas, añadió Drake:

—Que las diosas fluviales protejan siempre el «Roo Ark». ¿Quién era el jefe rural en El Cayo, cuando enterraron a Stone?

—Quino Escobar, y sigue siéndolo.

Poco después, abandonaba Drake la cantina.

Y a caballo emprendía el camino hacia el norte, para pernoctar a cubierto de riesgos en una gruta.

Antes de dormirse pensó en que la versión oficial hablaba de una reyerta vulgar y corriente por aquellas latitudes.

La versión muy particular, «no apta para forasteros», señalaba a Margit Lavern, como autora de la muerte de Fredric Z. Stone.

El jefe rural Quino Escobar era la próxima etapa. Y la mejicana Lola...

El Cayo. Un islote incrustado en el río, y varias pasarelas conectándolo con las riberas. Los nativos poblaban la ribera al oeste, cuyas plantaciones iban a fundirse con la selva del distrito guatemalteco de Petén.

Allí comerciaban los sirios y armenios, mientras indios y criollos trabajaban la tierra.

Los muelles de la ribera éste, señalaban el final navegable del río. Más allá empezaban los rápidos y los saltos de agua.

Siete terrazas escalonadas de casas de adobe y madera, formaban el ascenso lateral de la colina, las siete únicas calles de la población que no era nativa ni trabajaba en las plantaciones.

En el islote se hallaban los edificios llamados «administrativos».

Entre ellos el caserón de los Rurales. Seis hombres al mando de Joaquín Escobar, cuya misión consistía en llevar la cuenta del movimiento de barcazas, y remitir a Belize el duplicado, así como relación de nacimientos.

Trataban de atender a los que denunciaban delitos...

Pero en El Cayo no abundaban los denunciantes. Cada cuál procuraba por sus propios medios solucionar sus problemas.

Otro edificio «administrativo» era la botillería de Ignacio Mendoza, proveedor de las destilerías de Belize.

Una de sus hijas, rehuía el casarse en Belize, tardando en imitar a sus demás hermanas.

Iba ella a esperar la llegada de las barcazas con pasajeros, sentándose en el roquedal que era mirador también del camino de los jinetes procedentes del nordeste.

Pero pasaban las semanas y los meses, sin que cumpliera su promesa de regresar un sujeto de ojos claros, rostro triangular y risueño descaro, que sabía cantar con apasionada voz.

Aquella noche, Lola Mendoza se peinaba el largo cabello mirándose complacida en el espejo de su alcoba, cuando sin temor, soltó el cepillo para empuñar un revólver colocado entre un frasco de colonia y el cestillo de peinetas.

La cortinilla de su ventana se movía suavemente.

Y dejando de nuevo el arma en su sitio, se levantó ella, dominando su íntima alegría, fingiendo su rostro sensual, enfado.

La voz masculina más que cantar, susurraba plañidera:

«Triste es la noche al caminar, solitario, sin plata de luna; pero más triste es amar, sin esperanza ninguna».

—Menos lamentos y más verdades, bribón embustero —musitó ella, sentándose de perfil tras la enrejada ventana.

Tony Drake, asido a los barrotes de la reja, dijo gravemente:

—De las cárceles que he visitado, la tuya es la más cruel, porque estando tú dentro, no puedo entrar, y estando yo fuera, no quieres salir.

—Te fugaste un viernes, diciendo que al lunes volvías...

—Hoy es martes, amor mío.

—¡Pero han pasado cinco meses, canalla!... Razón tiene mi padre al asegurar que hice mal en enamorarme de un loco bandolero como tú.

—Hablando de bandoleros, ¿conoces a un cabecilla llamado Zacarías?

Dejó ella de abanicarse, y por encima del borde marfileño de las varillas, fulgieron los ojazos negros.

—¿A eso vienes? Como siempre, a preguntar por uno, a pelear... ¿Es que para ti la vida sólo es pelear, huir, volver..., mentir... y tener siempre el peligro por compañía?

—Sólo por ti —afirmó, con vehemencia, Drake—. Buscando el dinero para instalar nuestra casa con muebles, alacena y pájaros trinadores, ¿comprendes, tormento?

—Derrochas en licor, bebiendo como una esponja... y aquí tendrías casa, alacena, jilguera y bodega.

—¿Y mi dignidad, qué? Aunque cuanto más lo pienso, más me gustas. Pero ahora estoy reuniendo mi dote, y no querrás tú ser viuda antes que repiquen a boda.

—Contigo no puede ni la serpiente cascabel... ¿Es tan peligroso ése que mientas? ¿Ese Zacarías?

—No, si logro saber dónde se agazapa. Me urge, reina mía.

Levantándose, ella aproximó el semblante a los barrotes, y Tony Drake besó con fruición, pero al prolongarse el beso, y pretender enlazarla, ella se esquivó con presteza.

Y replicó zumbona:

—Urge a mi señor saber dónde se esconde Zacarías. ¿Qué trazas tiene?

—Mejicano montañero, crenchas grises, cuchillos en las botas, a la antigua, con partida de la que conozco les apodos de «Malgesto» y «Cuchillero».

Pasó Lola a la planta baja, donde Ignacio Mendoza cerradas las ventanas y apuntalados todos los cierres, procedía al recuento de caja.

—¿Y cómo aún sin dormir,
m'hija?

—Me quita el sueño una cuadrilla de montañeros que dicen rondan Tres Fronteras.

—Aquí dentro no puede colarse ningún bandido... salvo arrimarse a tu reja el borracho sinvergüenza de los ojos claros y labia melosa contigo.

—Dicen que la partida de Zacarías se aloja en casa de los Ortiz.

—¡Sandeces! Nadie que tenga casa con buenos cierres, rejas, armas y apoyo, presta albergue a lobos como Zacarías y los suyos.

—Pues bien que vendrá a comprar licor, como tantos otros.

—Venir sí que viene, a luz de sol, sin exigir, y mandando a un arrapiezo pagado.

—¿Son muchos?

—Roque, «Malgesto» y «Cuchillero» son sus hijos. Tienen choza en varias quebradas de los Tres Senderos. ¿Y a qué preguntas tanto?

Y dándose una palmada furiosa en la calva, vociferó Mendoza:

—¡Por San José, patrón de los padres! ¿No te habrás enamorado de uno de esos lobos?

—Ni pensarlo, padre. Era pura curiosidad del desvelo. Tú sabes que sólo quiero a un hombre: a Tony.

Ignacio Mendoza se rascó con el lápiz la brillante calva, entornando los párpados, y dijo por fin:

—De los males, el menor. Aunque ese Tony no es de los que se casan, si te pones terca, puede que sucumba. Dale sólo aroma, esencia, atisbo... y gemirá por el frasquito entero. Aunque sea un bandido, al menos con él por yerno, podría dormir tranquilo Porque si bien es un borracho, ladrón, matón y sinvergüenza... es de los que, llevados por buena vereda, rico macho queda. Anda, a dormir, m'hija.

Lola Mendoza regresó a la reja. La sombra protegía totalmente en la galería al nocturno galán.

—Zacarías, «Malgesto», Roque y «Cuchillero» tienen chozas por las quebradas de las colinas donde corren los Tres Senderos. Y mi padre está conforme conmigo en que eres un bandolero, pero decente, si te lo propones...

Los barrotes de hierro eran una placentera tortura interponiéndose en el prieto abrazo.

Prometió Drake que no abandonaría la comarca, sin fijar una fecha de regreso. Y juró cumplir, porque siempre al apasionarse, era sincero.

Joaquín Escobar se alojaba también en un edificio enrejado, de accesos reciamente defendidos. Pero hasta las nueve de la noche, no se cerraba la puerta principal.

Tony Drake repicó con los nudillos en la puerta del «Comisariado Rural de Tres Fronteras».

Tras la puerta, Escobar y tres de sus acólitos, mataban el tedio en partida de naipes a diez centavos los doscientos puntos.

Oyendo llamar, el que fue a recorrer el cerrojo reforzado, llevaba en la diestra su revólver, y se hizo a un lado, mientras el batiente se abría. Otras tres armas, desde distintas esquinas, encañonaban la puerta...

Tony Drake entró, arrugando con los pulgares las sisas de su camiseta.

Uno de los rurales rió diciendo:

—¡Que me aspen si no es Tony Drink!

Quino Escobar, flaquísimo, padeciendo de úlcera, era considerado el mejor tirador de la comarca.

Era tardo y perezoso, pero cuando actuaba lo hacía con contundencia ejemplar. Movié una mano, como si empujara aire.

Sus tres auxiliares abandonaron el despacho, y Drake, cerrando la puerta, vino a sentarse, proponiendo:

—¿Echamos una partidita, mi general?

—Lo que estaba deseando echarte encima era un vistazo, ojos claros. Tienes embobada a la hija soltera de Mendoza, y siendo ella la única muchacha honesta que por El Cayó respira, ha de seguir siéndolo ¡qué caray!

—Mis intenciones son casamenteras, cuando pueda, algún día, no sé cuándo, pero sin engaño.

—Así sea —aprobó Escobar, cogiendo un bote de bicarbonato.

Se hincharon sus carrillos al rellenarlos con el blanco polvo y a continuación sorbió lo que parecía un vaso grande de agua.

Era aguardiente.

—Una porquería de buche —rezongó escupiendo—. Y si no fuera por el empujoncillo subsiguiente...

—¿Por qué no pruebas el «forrado»? Mano de santo.

—¿Eso qué es? —preguntó, receloso, Escobar.

—Que te traigan quince gallos. Los sangras y las pellejas de sus estómagos, las calcinas a la parrilla. Lo mueles como café, y haces quince sobrecitos. Tomas uno cada noche y se te forra el estómago, mi general.

—Se probará, pero tú no has venido a verme para condolerte por mi maldito buche.

—¿Una partidita? —sugirió Drake.

Colocando una mano entre cinturón y camiseta, pareció un prestidigitador. Iba sacando monedas de oro.

Alineó primero diez guineas. Después las dividió en dos montoncitos.

—Sigo la huella de un difunto, mi general. Y tú puedes darme señales.

—Parece mentira tu desconocimiento de la ley de Tres Fronteras. Hombre muerto, hombre que ya no existe. Hombre que por aquí se cuela, es libre de morir a su gusto, sin más preguntas «*a posteriori*», lo cuál significa que metido bajo tierra, un hombre tiene derecho a que le dejen en paz.

Tony Drake preguntó:

—¿Iguales o desiguales?

Era un juego corriente por la comarca. Se hacían dos montones de monedas. Cada jugador tenía su propio montón, cubriéndolo con un abanico. Elegían por turno. Si pedía iguales, y al apartar los abanicos coincidían las efigies de las dos monedas visibles, las primeras del montón, ganaba. Volvían a cubrirse las restantes monedas con derecho a removerlas, y elegía el de turno.

Quino Escobar miró los dos montones colocados por Drake sobre la mesa. Una moneda mostraba la efigie de la reina británica. La otra el escudo inglés, colonial.

—Desiguales —dijo, sombríamente, Escobar.

Tony Drake empujó las dos monedas hacia la única autoridad de El Cayo.

—Ganaste, mi general. Parece que esta noche la Suerte te sonríe. El difunto se llamaba Fredric Z. Stone, y lo desembarcaron muerto del «Roo Ark». ¿Iguales o desiguales?

Miró Escobar las dos monedas visibles, y dijo.

—Hay que pensarlo, ¡qué caray!... ¡Iguales!...

—Volviste a ganar, caramba. Se te dan bien, mi general, esta novecita... Dicen que lo encontraron legalmente con papeles y certificado, porque era un turista. ¿Iguales o desiguales?

Las terceras monedas a la vista eran dispares. Escobar anunció:

—Me da el pálpito que tengo que apostar por... ¡desiguales!

—¡Córcholis, qué suerte! —exclamó Drake, empujando las monedas.

Quino Escobar se olvidó de su úlcera, para ojear amorosamente las seis guineas de oro que ya tenía guardadas en el abierto cajón a su lado.

Frunció el entrecejo, porque Drake cubría con la mano los dos montoncitos.

—Supongo que los turistas no irán a la fosa común, ¿verdad, mi general?

—Ahora que recuerdo, vino aquí un detective yanki. Me dijo que quería exhumación... O sea algo sucio, tétrico, repulsivo... Y yo me indigné... apenas supe lo que significaba eso de exhumación. Le espeté: «¿Cómo tiene usted tan mala entraña de no dejarle dormir su último sueñecito al cadáver, hombre?». Decía que quería comprobar si el difunto era el verdadero difunto Stone. ¿Te das cuenta que estupidez?

—Y tanto. Eso me recuerda lo que pasó con el que estaba de guardia en el depósito de ahogados de Corozal.

—¿Y qué le pasó?

—Que había un solo ahogado, y en eso llegó un visitante, mirando al ahogado, con mucha fijeza, y se fue. Cuando llegó el jefe, preguntó si hubo novedad, y el guarda dijo que ninguna, aparte del visitante que mirando a modo al ahogado, se había ido afirmando que no era él. El jefe le recriminó: «Pero ¿por qué no me avisó, hombre? Tenía que retenerlo aquí, y lo hubiéramos entregado a los loqueros». El guarda protestó: «¿Entregarlo a los loqueros? ¿Y por qué, jefe? Parecía un hombre tan sano como usted y yo. Además, no era ningún loco». El jefe, indignado, chilló: «¿Ah no? Mirar un cadáver, y marcharse diciendo que no es el de uno mismo, ¿no es locura?». Respetuosamente cuadrado, el guarda replicó ofendido; «Yo conozco mi oficio, jefe. Y le garantizo que no era el cadáver del visitante. ¡Vamos, que no! Y hasta es más, puedo jurarle a usted, que el ahogado y el visitante ¡no se parecían en nada!».

—Qué bruto —opinó Escobar—. Ya hay gente así, ya...

Drake seguía manteniendo la mano sobre las monedas, y Escobar continuó:

—Aquel detective me indignó. ¿Qué se imaginaba el fulano? ¿Que por acá nos zampamos los cadáveres? Somos bestias, pero no tanto, le dije. Y respetamos sólo una cosa: a los muertos. Total, que se fue sin exhumar ni un hueso. Y como aquí, por ahora, no valen jueces, sigue el difunto sin exhumar.

Alzó Drake la mano, preguntando:

—¿Iguales o desiguales?

Escobar acertó, naturalmente, y atrayendo hacia sí las dos monedas, prosiguió:

—Parece ser que muy al norte había una viuda que necesitaba el certificado demostrativo de que el difunto era muy suyo. Me dijo el detective que yo podía firmar la exhumación ésa. Me ofreció dinero, pero me encrespé. ¿Un turista tratando de sobornar a una autoridad como yo? Le eché a empellones.

—Un certificado firmado por un jefe como tú, bien puede pagarlo la viuda por las molestias del cadáver. Y eso de mirarle los huesos al difunto... ¡uf, qué asco! Lo digo, por el trabajo de coger pala, pico, sacar tierra, abrir la caja. Yo creo que la viuda bien puede pagar veinte guineas, ¿no, mi general?

Quino Escobar miró codiciosamente las nuevas monedas que una por una iba empujando Drake hacia él, sacándolas de una de las bolsas de malla, donde se había mellado uno de los cuchillazos de Roque Guzmán.

Cuando en el cajón tenía treinta guineas, dijo:

—Y una más, Tony. La cifra cabal me trae la negra. Eso es... Bueno, pues con decirle a Dolfito que trabaje, ya podernos ir hacia allá.

—¿Dolfito?

—El sepulturero. Un inocentón. Y si vamos allá, es porque tú no eres de los que se conforman con un papel firmado, ¿a que no?

—Siempre aciertas. ¿Recogiste la documentación?

—Cualquiera sabe por dónde andará, pero le encargo a Smith que la busque, mientras vamos a hacerle una visita al difunto, ¿no, tú? Oye, me has caído bien. Sabes preguntar, sin ofender.

Abriendo la puerta, bramó Escobar:

—¡Ah, de la casa!

Los tres acólitos de guardia acudieron corriendo.

—Tú, Smith, buscando los papeles de una bolsa marcada Stone, hace dos años. La bolsa de la que sacó fotografías el detective aquél... Bueno, tú no estabas conmigo entonces. Rebusca aquel armario. Los otros dos, guardando las espaldas a poca distancia.

Ensillando su alazán, Tony Drake cabalgó bota a bota con el comisario Escobar escoltado por dos rurales, hacia el cementerio de El Cayo, atravesando la pasarela que unía islote y ribera éste.

Los cipreses se recortaban en la noche, allá donde las blancas tapias marcaban el primer jalón de los tres senderos fronterizos.

Uno de los rurales se adelantó al galope para detener su montura ante la gran verja. Desde la silla sacudió con vigor la verja.

Reculó su caballo, para ceder sitio a Escobar y Drake.

Una linterna oscilando al paso del que la llevaba, fue aproximándose. Quino Escobar apuró una cantidad enorme de bicarbonato, que consiguió deglutir, manteniendo en alto un largo instante la cantimplora.

Rodolfo Laguna medía aproximadamente unos dos metros y pesaba alrededor del centenar de kilos. Su redondo rostro expresaba una infantilidad rayana en el cretinismo.

—Buenas noches, Dolfito —gruñó Escobar—. ¿Qué haces que no abres ya?

Dolfito replicó con firmeza:

—Usted me tiene prohibido abrir a nadie, vivo o muerto, a partir de la nohecita primeriza, jefe.

—Si yo prohíbo es que tengo derecho a... ¡Valiente idiota estás hecho tú! ¡Abre ya, maldita sea! Vosotros dos quedaos fuera, y ojito que no ronden cuatrerros.

Abriendo la verja, demostró Dolfito que su musculatura estaba en razón, inversa a su seso.

Escobar ató las bridas a uno de los barrotes, imitándole Drake. La linterna no era muy necesaria, porque la luna desparramaba su espectral claridad.

—Vete haciendo memoria, Dolfito. Un entierro hace dos años. Hubo dinero suficiente con lo que llevaba encima. Un fulano con la cara rota a balazos.

Dolfito sacudió linterna y cabeza:

—No sirve, jefe. Pocas señas, jefe. En la fosa grande habrá medio centenar con estas señas, jefe...

—¡Tumba particular, de pago! Tenía encima para liquidar sus veinte años de inquilino, y lápida.

Dignamente, reprochó Dolfito:

—Haber empezado por ese principio, jefe. Ahora ya se hace más fácil encontrar al difunto.

—¿Y el registro? —interrogó Drake, impaciente.

—Cada final de año lo enviamos a Belize —aclaró Escobar—. No guardamos copia, ¿para qué? los inscritos no se mudan...

Dolfito iba delante, hacia un muro con recuadros como alvéolos de colmena. Entre dientes, iba recordando:

—Éste no es, porque vino hecho migas por un cartucho dinamitiero... Tampoco aquél, que era Chinchorro, ¿se acuerda, jefe? El Chinchorro que le esperaba a usted bajo el puente, y que...

—¡Stone, Fredric Z. Stone! —Silabeó Escobar.

Dolfito, deteniéndose, manifestó con tono de amargura reprobativa:

—Haber empezado por ese principio, jefe. El difunto por el que usted pregunta, es aquél de allí.

Apuntó con la linterna hacia una lápida a media altura.

Se aproximó Drake leyendo los toscos caracteres en mayúsculas labradas a cincel primitivo:

«FREDRIC Z. STONE»

«

R I P»

Había pocas lápidas. Preguntó Drake:

—¿Cómo es que éste tiene su etiqueta, Dolfito?

—¿Contesto, jefe? —quiso saber el sepulturero, llamando la atención de Escobar con la linterna.

—¡Contesta!

—Pues al traerlo los rurales en caja de pino, un acompañante me pagó por la lápida, dándome el dinero del muerto.

—¿Quién era ese acompañante?

—Un caballero.

—Dolfito quiere decir que no era uno de los que por aquí residen ni de los que trafican por Tres Fronteras.

—¿Te acuerdas de las señas, Dolfito?

—Pues no se me olvidan a mí los que pagan bien... ¿Contesto, jefe?

—¡Va!

—Pues no era alto ni bajo, era recio de hombros, tenía costumbre de mandar y de pagar. Me dió las letras escritas en grande, tal como éstas que marqué a cincel. Quedaron bien, ¿no?

En el silencio de la pausa, se oyó el susurro de la brisa acariciando las ramas de los cipreses. Por fin, indicó Drake:

—Tengo que comprobar un detalle, y me será necesario verle. Señalaba la lápida.

Rodolfo Laguna miró al jefe rural, que asintió. El sepulturero, dejando la linterna colgada de un saliente, junto a la lápida marcada a cincel, dijo:

—Voy a recoger martillo y palanqueta. Ésta es una lápida cara, que no puedo romperla así como así, porque sí...

—¡Pitando, tú! —masculló Escobar.

Drake mostró dos monedas, diciendo:

—¿Bastan para otra nueva, Dolfito?

Cogiendo las dos guineas, el sepulturero rió como una gárgola contenta, antes de alejarse hacia su garita.

Quino Escobar, mordiéndose la comisura labial, echó una ojeada en torno.

Y Tony Drake interpretó su pensamiento.

—Al más macho le impresiona el silencio final, Escobar, porque todos presumimos de sabernos jugar la piel sin temor, pero las tumbas guardan, un hálito indescifrable. Un pánico que se remonta a épocas ancestrales.

—Tú sí que eres un indescifrable. Hablas como alguien de cultura. ¿Para qué quieres echar la pupila sobre... huesos?

—Sobre muelas.

Dominando un estremecimiento, tardó Escobar en inquirir:

—¿Qué les pasa a esas muelas?

—Me bastará ver las del maxilar izquierdo superior, para terminar con el poco grato visiteo.

Rodolfo Laguna empezó a golpear con martillazos de técnico. Repercutían con opaca intensidad en el fúnebre ambiente.

Rudo sacar la placa de mármol casi entera, y dijo:

—Retocando un poco, arreglado.

Introduciendo los brazos, atrajo hacia sí. Poco después, la caja de pino quedaba reclinada en ángulo agudo. En su interior algo crujiente, se desmoronó... Quino Escobar volvió la espalda, y Tony Drake, al oír el chirrido de la tapa de ataúd, se aproximó, mirando los restos óseos.

Una risa macabra mantenía abiertas las mandíbulas del esqueleto. La calcificación conservaba netamente las huellas de los balazos...

—Ya puedes dejarle de nuevo en su yacija, Dolfito —indicó Drake, reincorporándose—. Pero no tapes en firme, sino cerrando con lona. Porque otra persona vendrá a exhumar, dándote otras dos monedas. Buenas noches.

Cerca ya de la verja, a punto de ensillar, preguntó Escobar:

—¿Quién más ha de venir, Tony?

—La viuda.

Escobar picó espuelas, poniendo al galope su montura, imitándole gustosos los otros dos rurales y Tony Drake.

Eran hombres avezados a enfrentarse con la muerte... no con los muertos. Sólo volvió a hablar Escobar al estar a solas con Drake en el despacho.

—Llevaba su documentación bien clara —dijo, mostrando la bolsa de hule que el rural Smith le había entregado al llegar.

Un carnet de conductor de primera, expedido en Nueva Orleans. Otro de socio del casino de ganaderos de Sabina. Una licencia matrimonial...

—Tengo mi propia idea sobre Stone, pero necesito ratificarla con su esposa. Y tienes que ayudarme. Resulta que ella quería acompañarme hasta aquí, sin querer hacerse cargo de que el viaje conmigo era peligroso.

Expuso Drake el fingido rapto, terminando:

—Ella paga, y no quiero que le suceda nada. Puede sufragar su traslado hasta aquí con buena escolta de rurales.

—¿Por qué mis rurales?

—Respeto la ley, jefe. Bastará, una nota mía, para que Garviner haga, que sus indios saquen tapada a la doncella, y la dejen en sitio donde los rurales la encuentren. Mientras llega ella, quiero echar una ojeada por los Tres Senderos.

—Mis muchachos pueden traerla sana y salva a la viudita, pero ¿qué caray le dirán?

—Que este sitio es el único seguro en toda la comarca. Y si yo no volviera mañana anocheado, que compruebe ella la identidad del difunto, viajará ella a salvo con tus rurales, porque los dejan vivir, ya que ellos dejan morir a los demás, sin entrometerse.

Escribió Drake:

«Mike: Que tus indios dejen a la doncella tapada, para ser recogida por los portadores, donde te indiquen.

Terminó tu pupilaje. Abur, irlandés.

»*Tony*».

Bajo la firma estampó Drake mojados en tinta, el pulgar derecho y el meñique izquierdo.

CAPÍTULO VIII

Margit Lavern entró en el despacho del jefe rural de El Cayo. Había perdido algo de su habitual serenidad.

Galantemente se destocó Escobar, señalando un sillón mecedora:

—Joaquín Escobar, a su entero servicio.

—¿Puede explicarme por qué los rurales que me han conducido hasta aquí, están atacados de mudez? Les hablé un español muy claro.

—Entienden también el inglés, pero saben tanto como yo de todo este asunto. Aquí vino un hombre llamado Drake, que nos dijo dónde podía usted ser rescatada, y por mí, asunto concluido... A menos que usted denuncie a Drake.

—¿Si logró él escapar, por qué no acudió...? ¿Por qué he sido liberada... sin pago alguno?

—Preguntas que le incumbe contestar a Drake, si regresa. Dijo que volvería anochecido, y va siendo hora. Consideré que éste es el único sitio donde usted está a salvo...

Desde fuera, alguien silbó en aviso convenido.

Levantándose, añadió Escobar:

—Conversen a solas. Yo ocupo este cargo, porque me amoldo al ambiente y en no perjudicándose las personas decentes, cumplo.

Abandonó el despacho y entró Tony Drake. Ocupó el sillón del comisario, examinando sonriente a Margit Lavern, que murmuró:

—Fue una triquiñuela de las suyas, Tony Drake. Una farsa, para impedir que y le acompañase.

—Aquí nos hemos reunido para ultimar la investigación, Margit.

—¡Yo no soy una muñeca con la que puede jugarse así, Drake!

Cruzados los brazos, adoptó Drake una expresión ofendida.

Recelosa, murmuró ella:

—Si me raptaron, ¿cómo es que no me exigieron pago... y usted está vivo?

—Rarezas y complejidades de estas tierras. Y yendo a lo importante, ¿tiene usted una coartada neta, desde el tres de mayo a fines del mismo mes de hace dos años?

Pestañeando, tardaba ella en asimilar. Insistió Drake:

—Ante cualquier preguntón oficioso, ¿puede usted exponer sus actividades durante el mes de mayo de hace dos años?

—¿Qué está tratando de insinuar?

—Apunto sólo a las evidencias. Un hombre que me merece el máximo crédito, presencié cómo una mujer le disparaba cuatro balazos, en el umbral de «Palo Dulce», al pasajero Stone.

—Por lo tanto, murió en vulgar accidente propio de...

Se interrumpió ella mirando el revólver que mostraba Drake, y que los indios de Garviner habían quitado del bolsillo de la amazona prisionera.

—Fueron cuatro balazos, de pequeño calibre, como el de su revólver. Con balas de este calibre, la mujer misteriosa disparó exclamando: «Te lo juré, Fredric. Nadie se burla de Margit». La que disparó lucía este color de cabello —y tocó Drake el ondulado ámbar sedoso— poseía una piel blanquísima, y unos andares decididos. Huyó, después de desfigurar a muerte al pasajero Stone. Que no cayó redondo, por milagros de la naturaleza, y porque otro pasajero muy servicial le acompañó a bordo. A la mujer no la han vuelto a ver más.

—Acaba usted de acusarme de haber asesinado a mi marido.

—Acabo de referirle lo que he indagado. Cualquier detective que hubiese logrado estas revelaciones, iría al galope a comprobar donde estuvo usted, hace dos años, en mayo.

Fruncido el entrecejo, replicó ella:

—Tal vez no me creará.

—Eso no importa. Usted, es libre de decirme lo que se le antoje.

—Está insinuando que puedo mentir fácilmente.

—Oído y comprobado.

—¿Cómo? —Se irguió ella.

—Le descubrí a un turista que usted me dijo ser alguien sin importancia. Un estúpido, comentó usted... Pero resultó llamarse Mervyn Morel, residente en Nueva Orleans, tutearla y ser poseedor de un secreto. En fin, por ahora, es asunto ajeno a esta investigación.

—En efecto.

—¿Dónde estaba usted aquel dichoso mayo? Dichoso para usted, pero no para el difunto yaciendo en un nicho de El Cayo.

—Bien... Al prolongarse por dos días consecutivos la ausencia, de Fredric, sin haberme notificado que se ausentaría, empecé a temer los comentarios. Llegó la carta, encargué la investigación... y abandoné Luisiana. Durante dos semanas, estuve viajando sin meta fija, pero le juro que nunca estuve por estas comarcas. Ha de creermme.

—Eso deseo. Prosiga.

—Si yo hubiese asesinado a Fredric, me limitaría a esperar dos años más, sin remover cenizas, ni venir en busca de un exfederal, apto para toda clase de triquiñuelas... Perdón, pero estoy nerviosa.

—Desahogarse es saludable. Además, yo no la acuso de haber asesinado a Stone, puesto que presumo que Stone goza de salud y vida. Al menos, puedo garantizar que el difunto que usufructúa sus nombres, desmentirá con una simple radiografía de maxilar que no es Fred Stone, porque si bien los balazos pudieron desfigurar el rostro, la mandíbula aunque rota, conservó engarzados los molares enterizos, y sin rastro de intervención odontológica. Y el desgraciado que: está tras la lápida marcada «Fredric Z. Stone» no es su Fred.

Nerviosamente, Margit Lavern ahuecó el escote de su camisa, sopló, movió la cabeza, y por fin, trató de reafirmar la voz:

—No actúan como hombres normales. Los rurales mudos como estatuas amables, los indios llevándome de un lado a otro, cubierta... Una cestilla bajando provisiones... El comisario de aquí, con aspecto de pistolero tétrico.

—Le duele el estómago. Le he dado una receta que lo mata o lo cura.

—Usted... ¿usted me desconcierta! ¿Quién es el difunto que enterraron con la documentación de Fredric?

—Tengo una teoría embrionaria...

—¡Por favor! ¿Qué he descubierto usted?

—Sólo un cráneo con los molares izquierdos superiores, intactos. Pero analizando la carta de Fred, se deduce que es un tipo complicado. Supongamos que usted es mi esposa, o la de cualquier hombre brutalmente sencillo. Y que no sé conservarla o suscitarle

amor. Si quiero abandonarla y vengarme, actuaré primitivamente, pero en forma clara. Le pegaré una canallesca felpa, si me faltó. Si no me faltó, procuraré que no perciba ni un centavo. Pero Fred actúa de modo, que conocedor del ambiente chismoso de Sabina, la incita a abandonar aquella ciudad, al remitirle su cartita de marras.

—Eso es...

—Después, yo siendo Fred, y trabando de pensar como él, sin conocer el fondo del problema...

—Puedo aclarárselo. Yo me casé con Fredric porque mi hacienda estaba hipotecada, y él tenía dinero para pagar las hipotecas. Le dije que no le amaba. Casi me doblaba la edad... pero él aceptó, asegurando que sabría ganarse mi cariño. Supo convertir mi hacienda en productiva, pero fue un salvaje conmigo. Pretendía imponerme sus caricias... con bestial salvajismo. Llegué a amenazarle de muerte. Sí, con este mismo revólver.

—Ya sé cómo piensa Fredric al emprender su misterioso viaje. No sólo impedirá que usted posea su dinero, que es de ambos, ya que la hacienda se libró de hipotecas por él pagadas, sino que además si hay investigación, saldrá usted complicada.

Cerrados los ojos, prosiguió Drake:

—Busco a una mujer poco escrupulosa, que quizás se tiñe el cabello y se maquilla convenientemente. La indico que debe andar con decisión... Sigo siendo Fred... Elijo a un individuo de mi aproximada talla. He pagado lo suficiente a la mujer que es su doble de usted, para que ella, además de disparar a cara y garganta, diga dos frases delatorias. Basta colocarle al malherido la documentación de Fredric Z. Stone, y el legítimo Stone desaparece.

—Pero ¿por qué obra así? ¿No le bastaba con dejarme y desaparecer?

—Éste es el problema básico. Lo tengo bien encauzado, porque sé ya dónde reside el hombre que acompañó al presunto Stone a bordo, y que aquí, encargó la lápida.



Los cuchillos salieron a la luz...

—Entonces...

—Un momento, primero, he de saber cómo conoció usted a Stone.

—En una fiesta dada en casa de unos navieros de Nueva Orleans. Él acababa de llegar a la ciudad, según dijo, de Londres.

Debí producir en él una viva impresión, por cuanto al día siguiente fue a visitarme. Fue conciso, británicamente directo. Se había informado de que yo estaba arruinada. Poseía el dinero suficiente para las hipotecas y compra de ganado. Bastaba que yo le aceptase por marido... porque también estaba informado de que era el único medio posible de... obtenerme. Yo acepté.

—¿Era experto en haciendas ganaderas?

—Al menos supo seleccionar razas, encontrar el mejor ganado, escoger personal activo y técnico.

—La inicial de su segundo nombre, ¿qué significaba?

—Dijo era su segundo patronímico del que no estaba orgulloso, porque representaba su mezcla de sangre. Ascendencia hindú.

—Puedo anticiparle que además de asesino cerebral, su Fred es un solemne embustero. He examinado sus papeles. Son de los que se consiguen sin dificultad, disponiendo de un pasaporte trucado. Y de éstos, venden por todo el litoral, si se sabe dónde encontrarlos y no se regatea demasiado en el pago. Ahora, Margit, le ruego que me haga caso.

—Hablando así, señor Drake, además de agradecerse, le escucho dócilmente.

Risueño, opinó Drake:

—La docilidad es el arma más contundente de que dispone Eva. Bien, para llegar a mi meta, necesito ir solo, a fin de tener libertad de movimientos. Usted me espera aquí mismo, y traeré prontamente la solución final de su problema.

—Lo esperaré con mayor docilidad, si puedo saber a dónde va.

—A visitar un rancho de Río Chiquito, más allá de la frontera mejicana. Seguiré la ruta del Yucatán, por senderos abruptos. He de viajar ligero de equipaje. Aquí tendrá usted una habitación y toda la seguridad apetecible, porque, pese a su aspecto, Quino Escobar es un buen hombre. Y oiga... permítame si puede.

—¿Qué debo perdonarle, Tony? —sonrió ella.

—Por haberla confundido con una buscadora de oro sin corazón Presumo que tuvo sus razones para execrar a Fred Stone.

—Gracias. Y para que no quepan más equívocos entre nosotros, puedo revelararle cuál es el secreto que pretende explotar Mervyn Morel.

—Si no está relacionado con Stone...

—En nada.

—Entonces, conserve su secreto, Margit. Y el rapto infantil de que la hice objeto, fue para evitarle peores males. ¿Estuvo muy inquieta?

—Me tranquilizaba a instantes, pensando en que una emboscada así, no podían tendérsela a usted, Tony...

Titubeó ella, hasta que insinuó:

—¿No pudo equivocarse el sepulturero?

—Hay hombres que nacen para hacer una sola cosa en toda su vida, pero la hacen bien. Y Dolfito es de éstos. Nació para sepulturero, y sabe su oficio. He de ponerme en camino. Puedo tardar un máximo de cinco días. No sirven los coches, y los caballos necesitan reposar. ¿De acuerdo, Margit?

Sonriendo con espontaneidad, Margit Lavern era fascinadora.

CAPÍTULO IX

El rancho de los Zaldívar, al extremo sur de la península mejicana del Yucatán, nutría sus extensísimos pastos con el caudal de Río Chiquito.

Aislado, con personal hereditario, sin cercas ni empalizadas, marcado sólo cada media legua por el jalón de una piedra sobre la que estaba grabado el blasón heráldico del hierro de los Zaldívar.

Cabañas para los pastores se esquinaban en sitios propicios para la vigilancia de los pastos.

En lo alto de algunos promontorios, estaban los alojamientos de los jinetes encargados de reprimir cualquier posible irrupción de cuatreros procedentes de Tres Fronteras.

Dos de los guardianes montados iniciaron la persecución del solitario jinete que, en un alazán de briosa, pisada, se dirigía hacia los edificios que constituían el núcleo domiciliario de la familia Zaldívar.

Pero Tony Drake llegó con suficiente ventaja al patio delantero de la señorial mansión, de antiguo estilo español. Ató su caballo a uno de los abrevaderos, y tras sacudirse el polvo, se encaminó a la terraza florida, en la que dos hombres, le observaban con atención.

Tony Drake, quitándose el sucio panamá, saludó en español:

—Antonio Drake, servidor. Cansado de un largo viaje, pido hospitalidad.

El más alto de los dos desconocidos hizo una señal, y los dos jinetes que acababan de irrumpir, volvieron grupas, alejándose a galope tendido.

—Los Zaldívar siempre dan albergue, señor. Yo soy Román, y éste es mi hermano Jerry. Si desea asearse, mi hermano le acompañará a las habitaciones de invitados.

Interiormente, la mansión era un palacio de riqueza y suntuosidad acumulada en siglos.

Tony Drake se aseó.

Y fue invitado a la cena, siendo presentado al resto de la familia Zaldívar.

En las dos cabeceras, Alfredo y Alfonso Zaldívar, con sus respectivas esposas a su diestra.

A la izquierda, sus hijos mayores, Román y Adolfo respectivamente. Jerry, Carmela y Antón, eran los restantes hijos de Alfonso Zaldívar.

Enfrente, se sentaban Carlos, Gabriela y Norman, los hijos de Alfredo Zaldívar. Tony Drake intervino en la conversación trivial: sequías, razas de ganado, faenas camperas...

Una cena principesca, por fin, retiráronse las mujeres al traer la servidumbre los cigarros y licores.

Una existencia patriarcal, de ricos hacendados ganaderos...

Sólo Alfredo y Alfonso Zaldívar viajaban por el río Belize, averiguó Drake, ya que sólo ellos tenían el suficiente conocimiento práctico de aquel peligroso camino.

Pronto les relevarían sus hijos mayores. Era preferible el mercado de Belize por sus precios, y porque aceptaban la responsabilidad de compartir la conducción del ganado hasta las pinazas fluviales.

Los hijos se retiraron, y Tony Drake sintió que su vocación de investigador, en aquel escenario, parecía desplazada, casi irreverente.

Los dos hermanos tenían entre sí bastante parecido. De mediana estatura, anchos de hombros, morenos, fornidos...

Tal vez más silencioso, menos hablador, Alfredo Zaldívar.

Tony Drake atacó:

—En Benque Viejo oí citar a un Zaldívar.

—Somos bastante conocidos.

—Era con motivo de cierto accidente, ocurrido a fines de mayo.

—¿A fines de mayo? —inquirió Alfonso Zaldívar, que era el que hablaba.

—Hace dos años —puntualizó Drake.

Alfonso Zaldívar se dedicó a contemplar la ceniza de su habano, y Alfredo Zaldívar intervino:

—Yo estuve por aquella época en Benque Viejo.

Hizo una pausa, y añadió con autoritario afecto:

—Mañana has de levantarte pronto, Fonso. Yo continuaré la tertulia con nuestro invitado.

Se despidió el otro hermano. Y al cabo de un largo minuto, dijo el mayor de los Zaldívar:

—Usted no es cuatrero ni vaquero, señor Drake, pero según mis vigilantes sus huellas proceden de Tres Fronteras.

—Vengo de Benque Viejo y de El Cayo.

—Poblados donde para residir hace falta no tener ya ánimo de rehacer la propia vida.

—Yo tengo una choza en varios poblados. Vivo de todo y de nada. Oigo muchas historias. Una me ha interesado profundamente. Se refiere a un misterioso bígamo llamado Fredric Z. Stone.

Los negros ojos de Alfredo Zaldívar poseían dureza de pedernal a ciertos instantes.

Y apartando un poco la mesita licorera, continuó manteniendo la diestra abierta sobre el muslo.

Entre la tela del pantalón y los dedos, relucía el cañón del «Colt», cuyo punto de mira apuntaba rectamente al estómago de Tony Drake.

—Existe en nuestra región una ley ejecutiva, señor Drake. Quien pida hospitalidad llevando ocultas intenciones, recibe el adecuado castigo. Le permito que se ponga a bien con el Supremo Hacedor, señor Drake. Rece, señor Drake.

—Recemos juntos, señor Zaldívar. Porque si vine solo, dejé en sitio seguro a cierta persona.

—¿Sí? ¿Quién?

—No me place contestar a ninguna pregunta bajo imperativo de amenaza, señor Zaldívar. Tengo la certeza de que la tercera persona a la que aludo, no tendrá inconveniente en que Fredric Z. Stone siga siendo definitivamente una inscripción en una lápida funeraria.

—¿Chantaje?

Levantándose, advirtió Drake:

—Voy a irme, y está usted en su casa, y por lo tanto muy dueño de disparar. Sería otro asesinato. Pero seguiría usted siendo la vergüenza de la familia Zaldívar.

Yendo también hacia la puerta dijo Zaldívar:

—Últimamente engordo excesivamente, y después de cenar un paseo a caballo es oportuno. Me conviene.

—Y a mí, porque quiero regresar cuanto antes.

En silencio, caminaron, hasta la caballeriza. Al ensillar, indico Zaldívar al que le presentaba el estribo:

—Dile a la señora Pacita que estaré ausente algunos días.

—Sí, mi amo.

Las dos monturas al paso llegaron al camino abierto. Varias sombras formaban una escolta a medio centenar de metros.

—En mis paseos nocturnos, vigilan, porque abundan los forajidos.

—De todo pelaje.

Una pausa, y prosiguió Drake:

—Su esposa es toda una señora. Amable, resignada, obediente... Es curioso que dos Zaldívar lleven nombres ingleses.

—Entroncamos hace muchos años con sangre británica. Pero sigue dominando la sangre mejicana.

Desmontó Drake, atando las riendas en las ramas bajas del sauce silvestre. Hizo lo mismo Alfredo Zaldívar, que, encendiendo otro cigarro, se instaló en el largo y rústico banco.

—Es curioso que tenga la sensación de ser indiscreto, y habitualmente no experimento tal impresión —comentó el agente secreto—. Pero si voy a evocar un pasado, es porque existe un presente.

—Yo preferiría que fuese usted un vulgar chantajista, Drake, y me temo que no, lo es.

—Hablando en inglés, nos entenderemos mejor. Es idioma menos ceremonioso, más práctico.

En perfectísimo inglés gramatical, sin desinencias yanquis, contestó Zaldívar:

—Usted tiene la palabra, Drake.

—Generalmente, los mejicanos adolecemos de un defecto. Nos gustan mucho nuestros apellidos. Yo mismo me llamo a secas Tony Drake, pero en mis tempranos e ilusionados años, me pegaba con quien se olvidase de mencionar que me llamaba Antonio Ramón José Drake de Páramo. Figúrese, yo un «pelao», con este limpio orgullo... Cuántos apellidos no tendrá usted, ¿verdad, Zaldívar?

—Zaldívar Hidalgo Piedra Castellanos —declaró, en español, el ganadero.

—Y cualquier piedra, altiva o plebeya, es en inglés «stone».

—Abreviemos, ¿quiere, Drake?

—Partiré de una premisa. Posiblemente, la paz hogareña empalaga si de vez en cuando no se cambia de ambiente. Usted ha viajado bastante.

—Me he ausentado temporadas, meses... Sin que nunca tuviese que dar cuentas de mis idas, de mis regresos. Mi ausencia más larga duró exactamente un año y medio. Dejé a mi hermano Alfonso a cargo de la hacienda. Pensaba ir a Europa. Y por motivos quizás pueriles, no deseé nunca que mi esposa, pudiera oír que un Zaldívar recorría lugares impropios. Por esto, me proporcioné documentación distinta...

—Sin poder prescindir del orgullo de casta. Convirtiendo el Alfredo en Fredric, y guardando el Zaldívar concentrado en una inicial.

—Nunca pensé que Margit Lavern pudiera dar con mi paradero. Ningún detective logra informes fidedignos en la comarca de Tres Fronteras, ancha tierra por donde se pierden todas las pistas.

—Conozco la idiosincrasia de los moradores, y lo que ninguno de ellos diría a un detective, se lo dicen a «Tony Drink», un borrachín que acredita su apodo ciertas noches, y sabe en ocasiones ser tramposo, ladrón y demostrar falta de escrúpulos. Único medio de poder alternar con todas las raleas.

—¿Y cómo Margit...?

—Una pitillera que de manos de comprador en subasta, pasó a manos femeninas, y de éstas a las mías, hasta suscitar curiosidad en Nueva Orleans. Pero volviendo a su doble personalidad, se hallaba usted pensando en embarcar rumbo a Europa.

—Mi mala estrella quiso que cambiase de modo de pensar, y cogí el barco que hacía escala en Nueva Orleans. ¿Por qué voy a hablarle tan confidencialmente, Drake?

Sonrió, brillantes los claros ojos, Tony Drake, al silabear:

—Porque no puede matarme, señor Zaldívar. Porque matarme no le resolvería el conservar su actual personalidad.

—Si puedo evitarle cualquier pena a mi esposa, haré lo que sea. No me juzgue un cínico canalla... al referirme a mi esposa. La quiero, a mi manera. Pero si Margit, como supongo, espera, sus noticias, es preciso que sepan tanto usted como ella, que no toleraré que Paz Zaldívar sufra... por mi culpa.

—Una mentalidad especial la suya, pero trato de comprenderla. Su barco le dejó en Nueva Orleans.

—No llevaba una intención concreta. Sólo recorrer el París americano. Y de pronto mis cuarenta años, se enamoraron con salvaje frenesí. Esto no puede usted comprenderlo.

—Conozco a Margit Lavern y puede enamorar al más aplomado.

—Pero usted no tiene cuarenta años... Eso que llaman los franceses «el demonio del mediodía» me sopló su aliento quemante, al verme ante Margit, fría y desdeñosa. Si ella hubiese sido una aventurera... usted no estaría aquí, Drake... Pero sólo pude hacerla mía, casándome.

—Con menos florituras, le diré que esto el código lo califica de bigamia. Y en su caso, premeditada y alevosa, por cuanto usted sabía que al apagarse el soplo ese demoníaco, volvería al apacible brasero hogareño de Río Chiquito.

—No juzgue tan aprisa, Drake. Es usted inteligente, pero creo desconoce lo que puede ser una pasión al irse alejando la juventud, y cruzar el umbral que nos lleva a la vejez, a la renuncia de toda pasión. Yo me casé con Margit, sinceramente dispuesto a ser un canalla, olvidando familia, apellido... Pero hallé a una mujer rebelde, ofendida porque obscuramente se sentía comprada. Sé que fui torpe, pero ella nada hizo para corresponder a mi pasión. Y cuando ya no pude soportar más sus desdenes, abandoné Nueva Orleans. Y en el cementerio de Tres Fronteras, creí sepultar mi pasado.

—Convencido de que ninguna autoridad haría exhumar al difunto.

—Estoy dispuesto a pagar lo que Margit pida.

—Me temo que no sea dinero lo que ella desea, sino devolverle la venganza. Entre nosotros, Zaldívar, ¿por qué pagó a una mujer para matar a un desgraciado? Y digo desgraciado, porque elegiría usted a un hombre sin familia que pudiera reclamarle. Este asesinato, y su posible complicación para Margit, es lo que ella no perdonará.

—La mujer que elegí era una cabaretera a punto de suicidarse, hastiada de buscar en vano la fortuna. Y quería vengarse de un hombre llamado Lewis Markam. Se limitó a satisfacer su venganza, enriqueciéndose. Le bastó dispararle al rostro, llamándole

«Fredric»...

—Pero en el «Roo Ark», ¿quién se inscribió como Fredric Z. Stone?

—Lewis Markam. Quería escapar de Belize, y Marta Hilman, la tanguista desesperada le proporcionó mi documentación falsa. Yo viajé a bordo como quien soy para todos: Alfredo Zaldívar.

Varias de las sombras de los vigilantes, seguían merodeando...

—Ante cualquier ley humana, civil, y no escrita, usted es inductor de asesinato.

—No. Yo supe hallar a una mujer que deseando vengarse, me ayudó.

—O que hastiada de vivir, aceptó matar a cambio de dinero. ¿Qué fue de Marta Hilman?

—Lo ignoro.

—Yo no, Zaldívar. Porque en la misma fecha que Markam era desfigurado a balazos, pescaron en una red, el cuerpo de una ahogada... No iba usted a consentir que una tanguista pudiera ser indiscreta, o someterle a chantaje... La que pescaron fue identificada como Marta Hilman, embarcada en Belize, pasajera del «Roo Ark» hasta Benque Viejo. Hay muchos asesinos por Tres Fronteras... Posiblemente de cada diez, ocho merecerían una clemencia que a usted debe negársele, Fred Zaldívar Stone.

—No necesito clemencia de nadie. Vayamos a donde espera Margit.

—En Tres Fronteras.

—¿Ella... allí?

—Abandone toda ilusión de una tercera víctima, porque ella aguarda cubierta contra todo riesgo.

—¿Y en concreto... qué se propone?

Levantándose, dijo Drake:

—Esta pregunta la contestará ella.

—Usted sí puede contestarme. ¿Qué se propone, Drake?

—Margit Lavern me pagó como investigador especial. Y si yo tardo en regresar donde ella espera... el rancho Zaldívar recibirá la visita infamante de la justicia vengadora. Lamento el melodrama, pero usted lo creó.

—Vamos a Tres Fronteras. Pero nos darán escolta cuatro de mis vigilantes.

—Por mí, me tiene sin cuidado.

Cuatro de los vigilantes cabalgaron unos treinta pasos atrás. Por un desfiladero, próxima ya la línea, fronteriza, estalló una ráfaga de disparos...

Coincidiendo con el salto de un individuo laceando a Tony Drake.

Los jinetes de escolta no tuvieron ni tiempo de desenfundar el rifle de arzón. Tony Drake trató de zafarse de la opresión del lazo, pero un certero golpe en la nuca le abatió de bruces.

CAPÍTULO X

Recuperó los sentidos, moviendo con lentitud el cuello, y cerciorado de que ninguna vertebra había sido dañada, comprobó sin abrir los ojos, que una cordezuela en múltiples vueltas le oprimía desde los tobillos al pecho.

Manteniéndole en pie contra el saliente tronco vertical de un tabique. Sus ojos recorrieron la estancia.

Una cabaña de troncos, una cortina al fondo, una mesa, un escabel, una tinaja para agua...

La cortina se apartó y un hombre de nudosos miembros, cabellera gris, ojos verdosos, vistiendo solamente un calzón mejicano y botas cortas, hizo oscilar en la punta de sus dedos un cuchillo.

Lo lanzó.

La hoja de acero vibró a unos centímetros de la sien izquierda de Drake, y el experto lanzador dijo en tono calmoso, acariciante:

—Meses aguardando este momento, Tonio.

Cada bota del desconocido, tenía a un lado, en su reborde, una triple vaina.

Asomaban los mangos de los cuchillos.

—¿Qué tal, Tonio?

Un segundo cuchillo silbó antes de vibrar agudamente junto a la sien derecha de Tony Drake.

El lanzador se sentó en una esquina de la mesa, cogiendo un jarro. Lo avanzó en brindis, bebió un sorbo, y secándose los labios con el dorso de la zurda, preguntó:

—¿Cómo te va, Tonio?

—Brutalmente bien. ¿Quién eres tú? ¿Qué te debo?

—Por fin nos conocemos, Tonio.

—Habla, pero dejando en paz los pinchos, hombre.

—Mandón... —Silabeó, sonriente, el desconocido.

Un tercer cuchillo arañó un hombro de Drake.

—Te he preparado una rica muerte, Tonio. De esas lentas, sabrosillas...

—Cada cual con sus manías, pero la tuya puede deberse a un error.

—¿No eres Tonio Drake?

—Soy.

—¿No fuiste federal en Tampico?

—Fui.

—¿No trataste con un tal Rod Carranza?

Un cuarto acero se hincó en el tronco, pellizcando carne del costado.

Mordiéndose los labios, Tony Drake volvió a respigar a fondo, mientras su extraño verdugo bebía otro sorbo de aguardiente.

—La muerte de Carranza significó mi expulsión tomo federal.

Estrellando el jarro a corta distancia de la cabeza de Drake, el individuo de grises cabellos en estrías de la negra melena, declaró:

—Me llamo Zacarías. Zacarías Carranza.

—Estamos ya... Ahora comprendo por qué tuve que matar a Roque Guzmán.

—El condenado, según referencia, quiso lanzarte su cuchillo por la espalda. Y yo le tenía sólo en acecho, porque, yo... ¡te quería así! ¡Vivito y respirando! Mucho tiempo deseándolo, Tonio. Te ensañaste con mi hermano.

—Tal vez tuve mis razones, ajenas a mi cargo. ¿Puedes oírlas?

—Oírte me embriaga, Tonio.

—Sólo cuatro personas saben por qué le di muerte lenta a Rod Carranza. Dos murieron.

—¿Quiénes eran esas dos personas?

—Una, Rod Carranza.

—¿La otra?

—Una mujer que vivía en Mérida, prefiriendo usar el apellido materno. Se llamaba Consuelo Páramo.

—¿Murió?

—Sí.

—Faltan dos personas más.

—Una yo, y la otra un jefe de cierta organización secreta, que al caso no viene. Lo que a nadie conté, a él se lo dije. Porque sabía

preguntar. Yo estaba por entonces, dando tumbos en el litoral de Campeche. Y me dió una razón, para seguir viviendo.

—Poca razón te queda, Tonio. Pero sigue hablando, porque oírte me embriaga. ¿Qué sabían Rod, la mujer, y el jefe ese?

—Yo le expliqué a Rod por qué le daba un cuchillo para defenderse. Le dije por qué iba a matarle lentamente. Y tardé en matarle... Era tu hermano. Y tienes un limpio motivo para darme y presenciar lenta agonía. ¡El mismo motivo que yo tuve para acabar con Rod Carranza!

Zacarías Carranza tendía el oído, ladeada la cabeza, entornados los párpados.

—Aclara, Tonio.

—Rod Carranza vivía de estafas, timos y perrerías. Pero cuando yo le encerré en mi cuarto, no actué como policía. Eso creyeron los federales, y por eso fui expulsado. ¿Significaba mucho para ti Rod?

—Muertos mis padres a él le veía de vez en cuando, Rod tenía gracia, labia y era muy zalamero...

—Lo mismo me escribió Consuelo Páramo... antes de envenenarse.

—Bah... Una de tantas conquistas de Rod. Te birló la novia, ¿eh? Pero escucha, Tonio... Yo me hice montañero cuando tú andarías aun chupándote el pulgar. He robado lo que he podido, y mato para que no me hociquen. Para mí, Rod era lo único sabroso de verdad en mi puerca vida. Un tunante que me quería sin cálculo, porque sí, porque éramos de la misma carne. Y tú... me lo mataste... ¡por una mujer! ¡Mujeres las hay a montones! Un hermano... sólo uno, Tonio.

—Eso te digo, porque Consuelo se apellidaba también Drake. Era mi única hermana. Me revienta decírtelo... Me revienta siquiera citarla ahora... Tú te hiciste montañero, cuando yo era chaval. De acuerdo. Yo me hice policía, porque lo fue mi viejo. Igual habría sido montañero, si mi viejo... ¿Qué crees? ¿Qué estoy urdiendo embustes? ¿Qué estoy bregando por mi pellejo? Lo que yo pueda decirte, no te quitará el afán de vengarte. Y haces bien, Carranza... ¡porque cien vidas tuviera Rod Carranza, cien yo le quitaría!

—A la brava, ¿no, Tonio? ¿Y por qué se emponzoñó tu hermana?

—Era soñadora, tenía poca edad, se guardaba celosamente para

el gran amor. Casi como eso que leen las porteras.

—No lo somos yo ni tú.

—Modista enamorada de un tipo guapo, con labia, gracia y zalema. Modista que se quema los ojos llorando cuando el guapo le dice: «Adiós, que si te vi, ya ni me acuerdo, preciosa». Y yo... enterándome cuando ya era tarde. Y me quedé horas mirando aquel maldito papel escrito borrosamente, porque la tinta se fundió con sollozos... Cada palabra escrita me hirvió días y noches en la sangre... Pasé semanas buscando a Rod Carranza. ¿Iba a contarles a los federales que una majaderilla romántica, una nena estúpida...?

Se truncó la voz de Drake en ronco estertor apasionado.

—Bueno, va bien, Tonio —silabeó Carranza, aproximándose.

Adelantó el cuchillo en feroz empujón...

Tajando repetidamente, y retrocediendo, rezongó:

—Que te mate otro, y prontito, que yo por si acaso me vuelvo por Sierra Madre. Por aquí seguiría pensando en hacerte tasajo. ¿Tienes sed?

—Horrores.

—Bebe lo que menos asco te dé. Agua, ron y aguardiente, para elegir.

Tony Drake hundió el rostro en la tinaja de agua, bebiendo con ansia. Y al volverse, declaró:

—Me dió sed la historia de Consuelo Drake Páramo.

Zacarías Carranza iba enfundando cuchillos. Al arrancar el último, se dirigió a una ventana, que abrió, gritando:

—¡«Malgesto», «Cuchillero»! ¡Escampando, ahorita mismo! Aguardad en la Cañada Ventolera. ¡Escampando, ya... ahorita mismo, condenados!

Cerró la ventana, y dijo sin mirar a Drake:

—Cuestión de prestigio y respeto, ¿comprendes? Me perdería yo ambos, si supieran que sigues respirando.

—Démosles tiempo a que se alejen. Iba conmigo un fulano...

—Bah... Esos dos que me quedan fieles, siempre hacen lo mismo. No se contentan con balear, sino que quieren dejar sus marcas. Cosas de gente joven... Los cuelgan de una rama, atándoles las piernas apretadas en torno a la silla de montar. Cosas de la juventud...

—Ya... ¿O sea que murió el que me acompañaba?

—En seco. Porque mis dos fieles, sólo tenían orden de dejarme cogerte vivo. ¿Qué pasa ahora? ¿Te sientes federal?

—Que te mate otro, prontito, Carranza. ¿Mi caballo?

—Vivito. Y hablando de todo un poco, por esta noche, hemos quedado por un igual. Pero no te asomes nunca por donde yo ronde. Se me irá pasando la debilidad de esta noche, ¿te enteras? Por esta noche, como si no existiera..., pero no te asomes nunca por Méjico Alto. ¡Que el diablo te pinche pronto, Tonio!

—Dale mis recuerdos si lo ves antes, Carranza.

Señalando al exterior, indicó Carranza:

—Si te llamasas diferente, podrías cabalgar conmigo, porque tienes temple.

—Gracias por el cumplido. Y como aquí aún sigues mandando, ¿cuándo me largo?

—Cuando no oigas ya mi galopada. Púdrete prontito, Tonio.

—Bueno. Adiós, Zacarías.

Aguardó Drake a que no se oyera el galope alejándose hacia el norte.

Media hora después contemplaba a los cinco ahorcados, apretando entre sus lacias piernas la silla, de montar, sujeta por las enlazadas estribas.

Alfredo Zaldívar no rendiría cuentas a la humana justicia.

CAPÍTULO XI

—... y ésta es la completa historia, Margit. Usted decide si espera dos años más, y sigue una lápida tapiando los restos de Markam con los nombres Fredric Z. Stone, o vamos a «Rancho Zaldívar».

—¿Qué culpa tiene la pobre esposa legítima que allá llora la muerte de su marido? Está convencida que al matar los de Carranza a Fred..., a Alfredo Zaldívar, la han convertido en única viuda. Y sería cruel desvirtuar su creencia. Yo volveré a mi ciudad, olvidando para siempre este triste episodio.

—Un fluvial zarpa dentro de media hora. Conozco al piloto, y hay una cámara para usted.

—¿Me acompañará hasta Belize?

—De allá partimos, y allá regresamos.

Quino Escobar encontró muy razonable que lo que especificaba la lápida funeraria, no fuese desmentido.

Había suficientes pasados tenebrosos enterrados en Tres Fronteras, y como remachó al despedirse: «era atentatorio a la dignidad de un muerto, remover sus huesos».

El «Roo Ark» iba descendiendo hacia Orange Walk. Las riberas iban adquiriendo plasmaciones de industriosa civilización. Lo que atrás quedaba, parecía sumirse en el vaho caluroso de una pesadilla.

Margit Lavern experimentaba un extraño anhelo. Deseaba volver a oír la entonación a ratos burlona, otros acariciante, pero siempre viril y dominadora del aventurero «Tony Drink».

Que de nuevo estaba incumpliendo su palabra, por cuanto no se hallaba a bordo.

Pero al atracar el fluvial en Orange Walk, experimento Margit Lavern una íntima complacencia. Su «Lincoln» aguardaba. Y sentado tras el volante, Tony Drake comentó, al ella instalarse:

—Tuve que despedirme de amistades. Y con un relevo de caballos pude acudir a recoger su carro.

—Lo conduce usted con destreza. Parece dominarlo todo, Tony.

—Menos a mí mismo.

Se prolongó el silencio hasta que ella inquirió:

—Siendo Zacarías, el hermano de Rod Carranza, un montañero sin misericordia ¿cómo consiguió usted escapar?

—Cosas que pasan por Tres Fronteras: donde transitan hombres distintos a los dominados por las conveniencias sociales. Hombres que tienen un código especial.

—Pero usted nació de otra condición... He hablado con el piloto del «Roo Ark», y según él usted desafía demasiado a la suerte. Piensa que si tal vez encontrase a la mujer que lograra enamorarle, cambiaría...

—¿Ella o yo? —sonrió Drake—. Como va aproximándose el final de viaje, ya podemos hablar con confianza. Una mujer debe casarse porque para esto nació. Es eso lo que pienso de ti, Margit. Para olvidar la primera experiencia, te conviene un buen marido. ¿Cuál es tu hombre ideal?

—¿Y cuál es tu mujer ideal?

—Un estilo de doña Pacita Zaldívar. Nunca preguntaba, siempre sonreía sumisamente, adorando a su marido, al hombre, en forma primitiva... Ya no se encuentran muchas así.

—Dependerá del hombre.

—Es posible. Dejaste sin contestar cómo es tu príncipe azul.

Cerrando los ojos, fue ella diciendo:

—Soñar es distinto a vivir, Tony. A las mujeres nos atrae lo misterioso, lo incomprensible... ¿Por qué malvives en esta inhóspita tierra? Triunfarías en cualquier ciudad. Pero eres un misterio... He oído hablar de agentes secretos que aceptan heroicamente vivir en regiones como ésta, sabiendo que sólo la muerte les acecha.

—Se vive así más a gusto... ¡Caramba, el señor Morel!

Un «Austin» acababa de adelantarse, y a unos veinte metros en la recta, se atravesaba en la carretera. Y Mervyn Morel, descendiendo, presentaba un aspecto poco amistoso.

Frenando, dijo Drake:

—Ahí tienes a un suspirante a marido, impaciente por tu ausencia.

Al detenerse el «Lincoln» casi rozando el guardabarros del «Austin», Mervyn Morel declaró:

—Estuve inquieto por ti, Margit. Me costó tiempo averiguar que tu «Lincoln» había sido visto por Orange Walk, y allí te esperé.

—No tienes por qué inquietarte. Te presento al señor Drake, Mervyn Morel.

El luisiano, endurecidas las facciones, replicó secamente:

—Es preferible que vengas conmigo, Margit. Puedo ocuparme del volante, y ya recogerán el «Austin».

Tony Drake bajó del coche, manifestando:

—Me ocupo del «Austin». Buen viaje, Margit. Tendrás mejor compañía en este apasionado admirador.

Con insolente sonrisa, afirmó Morel:

—Me agrada la prudencia, «Drink».

Rió Drake, agitando una mano. Un ademán desdeñoso, como aventando moscas...

—Necesito que me acompañes, Tony. No me gusta este hombre que quiere imponerme su amor por chantaje.

—Calla, por favor, Margit —susurró, suplicante, Morel.

—¿Por qué he de callarme? —inquirió ella, descendiendo.

Un camión pidiendo paso con impacientes llamadas de claxon, obligó a Morel a dirigirse al «Austin» para maniobrar, arrimándolo a la cuneta.

Margit Lavern explicó a Drake, en voz baja:

—En Luisiana, socialmente, es casi un delito vergonzoso tener sangre de esclavos, y mis antepasados lo fueron. No sé cómo logro Morel enterarse, pero me amenaza con revelarlo, si no me caso con él. Será pueril, pero allá se ven las cosas de distinta manera. Aquí... me ha sido fácil revelarte eso, que allá llaman «tara» y que nos cierra todas las puertas de la buena sociedad.

—Vaya con el «msieú» —sonrió Drake—. Y siendo como es un ocioso niño bonito, te demuestra su cariño así a su modo...

Mervyn Morel aproximándose, dijo:

—Buenas tardes, Drake. Siga su camino.

—No me fastidie con arrogancias, capullo. Métase en su coche, y seamos corteses porque hay una señora delante.

—Es campeón de boxeo —susurró Margit.

En jarras, Mervyn Morel, especificó:

—¿Sabes con quién andas, Margit? Este tipo es un perdonavidas, un estafador, mi borrachín, y un mal sujeto.

Sonriendo asintió Drake, al replicar:

—Lo cual no obsta para que siga usted siendo un capullo, Morel. Un capullo, con título universitario, naturalmente.

Fue la chispa prendiendo en el exasperado luisiano, cuyo directo de izquierda y gancho le acreditaban de práctico en *rings* universitarios.

La esquivada de Tony Drake certificó su entrenamiento en el *ring* de todos los recursos de lucha que exigía la comarca.

Porque a la vez que se ladeaba echando hacia atrás el busto, alzó una pierna. Encogiéndose, Morel golpeó con saña.

Durante unos instantes, ambos parecieron solamente deseosos de conectar sus puñetazos, sin ocuparse de rehuirlos.

Morel golpeaba como un boxeador iracundo. Drake como un martillo que sabía ser yunque.

Se lamió los nudillos Drake cuando, doblando la rodilla, sacudió Morel la cabeza tratando de disipar la niebla del «k. o.» técnico.

Margit Lavern intervino:

—Vámonos, Tony.

—Por mí, embalando. En el fondo, este capullo tiene excusa, porque para poseerte, cualquier medio le parecería decente a cualquier Adán...

Mervyn Morel se distendió de pronto, derribando a Drake en placaje de jugador de *rugby*. Durante unos instantes, ambos rodaron, golpeándose con rapidez.

Drake empleó rodillas y puños. Consiguió levantarse, alzando a la vez a su contrincante, al que despidió con escalofriante gancho.

Mervyn Morel se abatió a un lado del «Austin», cuya portezuela abrió luego Drake, para colocar al luisiano sentado, abrazando el volante.

Margit Lavern empleó su pañuelo impregnado de colonia, y cuando, el «Austin» quedaba muy atrás, comentó:

—Va a caer la noche... Si algún bandido encontrase a Mervyn...

—Cualquier camionero se ocupará de tu adorador. Y hazme caso... puede ser el marido que necesitas. Harás de él lo que se te antoje.

Iba obscureciendo. Conducía ella, y detuvo en una rotonda,

desde la que se contemplaba el río penetrando ya por los primeros canales de la capital.

No se dijeron nada. Adelantó Drake el rostro, enlazando... Se habían fundido la frialdad y la nieve aparenta de Margit Lavern.

—No fió en tus promesas, Tony. Aguardaré hasta que resuelvas lo que dices tener pendiente.

—Tengo que esperar la decisión de la organización que me brindó la posibilidad de ser útil, cuando expulsado como federal, empecé a ir descendiendo los peldaños ganándome el apodo.

—Aquí te aguardaré. Tony —dijo ella con decisión.

Al día siguiente, Marcos Henreid, jefe de aduanas de Puerto Hondo, visitaba a la alojada en el «PradoPalace».

Explicó, que a traición, un aventurero llamado Blas Laydon había apuñalado a «Tony Drink»...

Margit Lavern abrazó el cuerpo tendido en el mármol del depósito de cadáveres. Lloró desconsolada, mientras su oído aplicado sobre el corazón de Tony Drake no percibía más que frialdad, ausente de todo latido vital.

Marcos Henreid la acompañó hasta el «Lincoln».

—En sus últimos instantes me pidió ser trasladado a Belize, y murmuraba constantemente su nombre de usted. Dijo que pensaba que Mervyn Morel podía ser el marido ideal... Deliraba, ¿no?

Se marchó ella, silenciosamente, abatida...

Marcos Henreid regresó a la sala, donde Tony Drake se estaba quitando la chapa metálica ciñendo su torso, bajo le camisa acartonada por la reseca sangre de res.

—Guapa mujer, Tony. No hay quien te comprenda a ti. Si ella estaba por tus encantos, ¿a qué engañarla? ¿Es que nada te inspira amor?

—Sólo tengo un amor.

—¿Y se llama...?

—Adivina, adivinanza —sonrió Drake, despidiéndose.

Su único amor era el Servicio Secreto.

La carta que Julia Dupont remitió a la caja postal de Belize, fue devuelta con la mención: «Fallecido», escrita por el propio Drake.

Que a la sombra de un hangar, vio partir el barco en cuya borda hablaban acodados Margit Lavern y Mervyn Morel.

—La vida de los demás es así. Blasito. Vienen, se van, se aburren... —comentó Drake.

Blas Laydon asintió gravemente y, regresando a las cantinas del Barrio Bliss, opinó:

—Me supo mal eso de que la muñeca volase con «mis» joyas, Tony.

—Peor me supo que abusando de mi varonil petulancia, me engatusara. Pero mi último negocio ha compensado «mí» pérdida. Cobrarás a diario, pitanza, brebaje discreto y media corona, si ya no mueves la lengua más que para soplarle a mí los secretillos que averigües.

—Yo, contigo... hasta el mismo infierno.

—Ya estamos en él —rió eufóricamente Drake, entrando en la cantina.

Había también un paraíso en el Belize para Tony Drake, aunque para alcanzarlo tuvo primero que hacer antesala en la vicaría de Orange Walk, y firmar ante testigos su ingreso en el censo de varones casados.

Y el Belize se convirtió en el más hermoso de los caminos hacia el islote de El Cayo, en la noche radiante para Lola Mendoza y su cantor.

Que como esposo podía ya, sin obstáculos, susurrar toda clase de melodías.

A dos voces, porque el embeleso de los suspiros aventajaba en elocuencia a las más inspiradas estrofas amorosas.

FIN



Lou Fergan tenía ante sí una difícil papeleta que resolver

Pero él ya sabía lo que le aguardaba al ingresar en el F.B.I.

Valor y audacia eran sus preceptos y ambas cosas tuvo que poner en práctica repetidas veces, para resolver el caso que narra

CERCADO POR LA MUERTE

Una de las más apasionantes novelas escritas por

Alf Regaldie

¡Luchando desde la sombra, Lou triunfó de la traición que amenazaba su vida!

CERCADO POR LA MUERTE

Un título sin igual que

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

le ofrecerá la próxima semana

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ÚLTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 PTAS.

COLECCIÓN "BISONTE"

436. — F. M. Dayne
EL DEMONIO DE LA PLATA

COL. "SERVICIO SECRETO"

300. — Peter Debry
TRAS LA PISTA DEL DI-
FUNTO

COLECCIÓN "BÚFALO"

133. — Fidel Prado
JUGADA DEL DESTINO

COLECCIÓN "PANTERA"

70. — M. L. Estefanía
ANTES MATAR QUE MORIR

COL. "SALVAJE TEXAS"

1. — M. L. Estefanía
SERPIENTES HUMANAS

COLECCIÓN "POPULAR"

FRASES CÉLEBRES

A 5'50 PTAS.

COLECCIÓN "PIMPINELA"

495. — Luis Masota
LA PANTERA BLANCA

COLEC. "MADREPERLA"

391. — Isabel Salueña
VENGANZA GENEROSA

COLECCIÓN "ROSAURA"

335. — Bárbara Sanromán
UN LUGAR PARA LA ILU-
SIÓN

COLECCIÓN "AMAPOLA"

221. — María Esperanza Neyra
HISTORIA DE UN GRAN
AMOR

COLECCIÓN "ALONDRA"

174. — Sergio Duval
CASTAS RIVALES

COLECCIÓN "CAMELIA"

115. — Maricé Salcedo
DOS HOMBRES LA AMARON

COLECCIÓN "ORQUIDEA"

85. — Lía Ramos
SOMBRA... Y LUZ

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona • Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



COLECCIÓN SALVAJE TEXAS

*le ofrece esta misma
semana, amable lector,
su primer volumen ti-
tulado*

SERPIENTES HUMANAS

Un apasionante relato debido a la maestría única,
del famoso

M. L. ESTEFANÍA

que cautivará su atención desde la primera a la
última página

SERPIENTES HUMANAS

¡Un tema vibrante pleno de intriga y emoción!

SERPIENTES HUMANAS

Primer título de la nueva

COLECCIÓN SALVAJE TEXAS

ha aparecido esta misma semana

¡Encargue su ejemplar!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



...PARA LEER
El **DDT**
**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.



OLIVIA DE HAVILLAND • ROBERT MITCHUM
FRANK SINATRA • GLORIA GRAHAME
BRODERICK CRAWFORD • CHARLES BICKFORD

Son los protagonistas de la sensacional novela y de la adaptación cinematográfica realizada por "United Artists" y "C. B. Film" de

NO SERÁS UN EXTRAÑO

La obra cumbre de *Morton Thomson* que ha batido todos los records de venta en Estados Unidos, durante el pasado año

NO SERÁS UN EXTRAÑO

Un hombre ambicioso soñaba con un ideal que difícilmente podría alcanzar. Para lograrlo sacrificó sus sentimientos y vivió encerrado en sí mismo, usando de cuantos seres ponían en él su confianza o su amor

NO SERÁS UN EXTRAÑO

Un nuevo y clamoroso triunfo de Editorial Bru-guera, S. A.

PRECIO 100 ptas.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

*Los pensamientos y
sentencias más famosos
y su explicación corres-
pondiente, reunidos en
un volumen, único por
su contenido y presen-
tación:*



FRASES CÉLEBRES

Un nuevo éxito de la famosísima

COLECCIÓN POPULAR

que hallará esta misma semana en quioscos y librerías

FRASES CELÉBRES

¡Un título que debe usted tener bien presente!

Precio de venta: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTELLAS ★



Dorothy Malone

★ **N.º 255** Debutó en el cine en 1943, apareciendo poco después en "Noche y día". "Juntos hasta la muerte" marca su éxito definitivo. Dorothy nació en Chicago el 30 de junio de 1925. ★

Foto WARNER BROS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 5 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$3'50

